

Los mil rostros de El Quijote: De lo intelectual a lo popular. La conmemoración del III Centenario

(LA ESPAÑA DE 1905)

Roberto C. Montañés Pereira

Licenciado en Geografía e Historia

Doctorando en Historia Contemporánea

“De no honrar hoy su nombre y su obra *muy en grande*, vale más que dejemos semejante empresa para los españoles del 2005. Sólo que entonces merecería España que el cuarto Centenario del QUIJOTE en vez de celebrarlo la patria lo celebrase su conquistador”

(Mariano de Cavia, *La celebración del Tercer Centenario del Don Quijote p. 95*)

1.- Introducción. “*Post tenebras spero lucem*”

En el año 2005 se conmemora el IV Centenario de una de las obras literarias más universales jamás escrita, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, del insigne Don Miguel de Cervantes Saavedra. Al igual que en nuestra sociedad actual tal efeméride suscita una tributación desmedida, visible tanto desde el punto de vista editorial como del impacto en los medios de comunicación, con todas las distancias posibles, la sociedad que acababa de abrazar la centuria vigésima de nuestra era también se volcaba con la significación del III Centenario, el celebrado en 1905. Pero, a diferencia del impacto mediático que impregna diversas facetas de nuestra vida cotidiana con el *leitmotiv* de la obra cumbre cervantina, las dimensiones del homenaje colectivo que se tributó al *Quijote* hace cien años fueron bastantes más modestas, menos efectistas, y sobre todo, con un claro protagonismo del mundo de la literatura y las artes. Sin embargo, ello no implica necesariamente la proliferación de manifestaciones laudatorias exclusivamente provenientes de la escena académica, sino que, aunque en menor medida, la conmemoración cervantina sufrió, o gozó, según se mire, los embates de una vicisitudes políticas complejas que se prodigaron en lecturas de muy variado calado sobre la significación que para la identidad colectiva española tenía la conmemoración cervantina.

El 2 de diciembre de 1902 aparecía en el diario *El Imparcial* un artículo firmado por el eximio escritor, periodista e ilustre cervantófilo Mariano de Cavia en el que llamaba a todas las personas cultas a rendir un majestuoso tributo al centenario de la publicación de la más insigne de las joyas de la

literatura hispana y la que, sin duda, mayor proyección internacional ostentaba, *El Quijote*, obra cumbre cervantina “ *por cuyo soberano poder nuestra raza, nuestra lengua y nuestra nación se sobrevivirán a sí mismas, en la admiración, respeto, y en el cariño de otros pueblos y otras civilizaciones, cualquiera que sea el fin que nos tenga deparados nuestros destinos en la Historia*”^[1]. En suma, Mariano de Cavia venía a poner sobre el tapete la universalidad de los personajes cervantinos, pero, a su vez, remarcando la naturaleza identitaria de aquellos, como exponentes de una esencia colectiva maltrecha y en estado de postración tras la crisis finisecular que concluyó con la pérdida de las últimas posesiones coloniales españolas en Ultramar. En este contexto sombrío, se pensó que la celebración fastuosa de un evento de gran calado cultural netamente español en su creación, y universal en su valoración y reconocimiento podía ser un instrumento de peso para reafirmar la validez de lo hispano y elevar el alicaído espíritu patriótico, convaleciente tras los últimos reveses.

La idea fue rápidamente recogida por el grueso de la intelectualidad nacional, quien la percibía como uno de los pocos encargos que recibía de cara a la proyección social de un magno hecho cultural y, todo un reto para emerger en los círculos de la opinión pública. Así, el año anterior a la celebración de la efeméride cervantina desde la tribuna de la prensa diversos ideólogos plasmaban su visión de lo que, a su juicio, debía ser el Centenario de la obra de *El Quijote*, incidiendo tanto en la dimensión trascendente de la obra en el conjunto de la literatura universal como en la oportunidad que tal significación entrañaba de cara a la exportación de una imagen sublime de la creación española. No cabe duda de que la necesidad de elevar el espíritu de miras de un país sumido en una situación de pesimismo generalizado dio pie a la sobrevaloración institucional de un evento que, a priori, representaba mayor relieve intelectual que social, y en la instrumentalización y uso político del Centenario, como “medicina” regeneradora para el enaltecimiento patriótico que el país necesitaba. Por otra parte, se echaba mano de un arma de cohesión intelectual en un momento de gran turbulencia, ideológica y social, fruto de las fuertes sacudidas de una modernidad que luchaba por desasirse de los efectos refractarios de una tradición que se empeñaba en permanecer anclada en las formas decimonónicas, lejos de erigirse en el heraldo de los nuevos tiempos. Con la celebración del Centenario España apostaba decididamente por la conservación y perpetuación de un pasado glorioso como pasaporte para la conquista de un futuro de provisión, en el que la restauración de la confianza colectiva exorcizase los fantasmas de la inseguridad y la despersonalización de la comunidad nacional. Habida cuenta, por lo tanto, del excelso papel atribuido a la conmemoración del III Centenario de la publicación de *El Quijote* los poderes públicos se mostraron deseosos de capitalizar todas las iniciativas y elevar la celebración a la categoría de tributo oficial. De esta forma, se encomendó al padre de la idea de la conmemoración del Centenario cervantino, don Mariano de Cavia, la presidencia de una Junta

General de Centenario, respaldada tanto por la Corona , como por el jefe del Gabinete en aquel momento, el conservador Antonio Maura. La función de dicha Junta sería la de coordinar las manifestaciones laudatorias hacia la obra y figura de Cervantes, conceder toda clase de facilidades a los organizadores de actividades tributarias, y en definitiva, velar porque los actos y eventos convocados discurrieran con la idea de solemnidad institucional que se quería imprimir desde el Estado a los homenajes programados, y que básicamente atendien a dos ámbitos de actividad, el de la cultura popular y el de la educación, todo para “la glorificación de Cervantes y la apoteosis del Quijote”:

“Se cumplirá en mayo de 1905 el tercer centenario de la aparición de un libro cuyo sólo nombre supera el más alto encomio que de su mérito se intentara; El Quijote. Apréstense a conmemorarlo y celebrarlo muchas gentes con honrosa espontaneidad, patentizándose de este modo que la santa unidad a quien el amor llama Patria, no sólo funde la diversidad de pueblos, territorios, intereses y anhelos de un día, sino también el patrimonio espiritual atesorado por las generaciones que pasaron, y los alientos vivificadores con que se han de realizar las providencias, destinos colectivos. Aunque la mayor excelencia del homenaje consiste en ser popular, al Gobierno incumbe, no sólo asociarse a él, sino procurar el ordenado concierto de las iniciativas, ya que, dichosamente, no sea menester estímulo alguno. Este es el designio con que tengo el honor de someter a la aprobación de V.M el siguiente proyecto de Decreto”^[2]

Las líneas maestras del Centenario pasaban por ensalzar el genio literario de Cervantes, pero, sobre todo, la significación universal de su personaje más renombrado e inmortal, el caballero de la triste figura, don Quijote de la Mancha. Por ello se entendía que el homenaje que se le podía guardar a la figura de Cervantes no debiera estar tanto relacionado con los aniversarios de su nacimiento y muerte, sino que la conmemoración debía basarse precisamente en el ascendiente que el *Manco de Lepanto* había legado a la civilización contemporánea. El precedente más inmediato de este tipo de conmemoraciones había sido el segundo centenario de la muerte del dramaturgo Pedro Calderón de la Barca, que se celebró hacía más de veinte años, pero, en esta ocasión, dada la magnitud de la obra homenajeada, se determinó la firme voluntad de superar aquella experiencia y abandonar el estricto marco académico para engarzarse en las diversas facetas de la vida cotidiana. En cualquier caso, los primeros trabajos de cara a fijar la naturaleza de los homenajes provinieron de la intelectualidad literaria, en concreto de la Real Academia de la Lengua y de dos de sus académicos; Jacinto Octavio Picón, y José Ortega Munilla. Ambos dieron respuesta a la exhortación, de tonos cuasi patrióticos, hecha meses antes por Mariano de Cavia. Sería la Academia la encargada de dirigirse a diversas corporaciones, organismos y personalidades relevantes de la vida pública para, insuflando el espíritu

cervantino, recabar los apoyos necesarios para la realización de tan magna empresa. Sin duda, razones de prestigio internacional avalaban este propósito laudatorio, ya que al recuerdo presente de la derrota colonial se quería contraponer la universalidad e inmortalidad de sus genios creadores. El alcance nacional de la propuesta, y precisamente el trasfondo terapéutico que la celebración podría tener como resorte para levantar la pesadumbre del estado anímico de una nación en crisis, merecerían el concurso entusiasta de los poderes públicos. Establecidas estas bases genéricas, las líneas maestras que guiarían los caracteres de las manifestaciones tributarias, no resultaría excesivamente complejo comprometer a todas las colectividades presentes en España (sociedades literarias, artísticas, ateneos, corporaciones populares etc..) para la realización de un ejercicio masivo de afirmación literaria y patriótica, pues su participación sería determinante para la aportación de fondos con los que arbitrar las acciones para rodear la glorificación de *Don Quijote* con el máximo boato y magnificencia.

Tanto de las palabras de Mariano de Cavia, como de las respuestas que su flemática exhortación obtuvieron por parte de otros literatos y personajes de la vida pública, quienes se adhirieron gustosos a la conmemoración cervantina, se dedujeron unos puntos esenciales en los que el Centenario debía incurrir para que cumpliera las previsiones depositadas en el mismo con el éxito que se merecía la empresa. Entre estos, quizás la observación más significativa, era la que advertía de la necesidad de llevar las manifestaciones de homenaje a todos los estratos sociales, para que, de esta forma, el recuerdo de la inmortalidad cervantina sirviera de elemento aglutinante y vigorizara el sentimiento interclasista o supraclasista, que a su juicio constituía la savia que alimentaba el espíritu nacional. Ello suponía adaptar el programa de actos previstos a diverso tipo de asistentes, con preocupaciones intelectuales muy dispares. En definitiva, se quería acercar la imagen de *El Quijote* al conjunto de la sociedad, desde los sectores de corte aristocrático hasta los eminentemente populares (que estarían proyectados en actos no menos variopintos, desde recepciones palaciegas a la celebración de corridas de toros, pasando por la celebración de veladas literarias). De la combinación, y aun más, conciliación, de la pompa oficial con los resabios populares, dependería el éxito de la conmemoración cervantina. En este sentido, se tenía la experiencia anterior del homenaje a Calderón de la Barca, cuyas líneas maestras de su portentoso éxito habían girado en torno a estas consideraciones. Junto a ambos polos, también se contemplaron otros matices, es decir, toda suerte de celebración, ya fuera de tipo semioficial o semipopular, en el que diversas variables fueran contempladas conjuntamente o de manera aislada. El propósito final era que la celebración del Centenario y la glorificación “del gran campeón de la pluma” serían tanto más deslumbrantes cuanto más capacidad movilizadora desplegara.

En el terreno oficial era necesario que las corporaciones municipales se implicaran en el proyecto, que desde el gobierno, presidido por Antonio Maura, se diera cobertura para las realizaciones proyectadas, que desde el Ejército se aunase el tributo literario con el heroico homenaje dispensado a un hombre de armas como el “lisiado de Lepanto”, cautivo durante largos años en Argel por sus servicios a su nación. A su vez, desde una óptica diametralmente opuesta, se hacía un llamamiento al mundo de las letras, el mundo del academicismo intelectual en definitiva, para que se arbitraran de forma inexcusable diversas iniciativas con un tono de mayor solemnidad laudatoria. Por su parte, la aristocracia también tenía reservada un papel estelar en los actos de homenaje del Centenario de *El Quijote*, ya que su presencia entroncaría directamente con el ambiente caballeresco y mayestático en el que se desenvolvía el hidalgo manchego, retratado por la ágil pluma de Cervantes con las poses y ademanes propios del mundo aristocrático. Para Mariano de Cavia, los *grandes de España* eran herederos directos, no ya de los ideales elevados quijotescos, sino del mecenazgo que hizo posible que las obras de *El Quijote* (tanto la primera parte como la segunda) vieran la luz, cuan remozados duques de Béjar. Por lo tanto, todos estos elementos constituían también llamadas inexcusables para la participación de este sector de población en los fastos cervantinos del Centenario, los únicos que podían dotarlos de la suntuosidad que faltaba en los homenajes de corte popular. Pero, además, sirviéndose de uno de los pasajes más célebres de la obra, el de las *Bodas de Camacho*, se sugería la posibilidad de ofertar un magno banquete, mitad popular, mitad aristocrático, que produciría la fusión de ambas concepciones, circunstancia que quedaría puesta de relieve mediante el reparto benéfico de alimentos entre los desfavorecidos y asilados de Madrid. En suma, ejemplos o ideas como la anterior serían profusamente formuladas por Cavia y otros comentaristas de la época, no ya con la intención certera de que se plasmasen en la realidad, sino como acicate para estimular un debate de largo calado en todas las esferas de la sociedad española y despertar el interés colectivo en torno al Centenario de *El Quijote*.

El impulso dado por la Junta del Centenario fue definitivo para que todos los deseos de honrar la figura de Cervantes y a su obra más universal encontraran cauce para su materialización. Durante prácticamente todo el año de 1904 las diferentes Juntas que se habían convocado en todos los rincones de la geografía española, y que reflejaban en su composición la aureola integradora que presidía el Centenario, estuvieron diseñando las medidas que tomarían y los actos de diferente naturaleza destinados a solemnizar *El Quijote* durante el año de la celebración. Estas Juntas solían contar con la presencia directa o el asesoramiento espontáneo de los hombres de letras más renombrados de las sociedades locales, y eran presididas por el máximo mandatario provincial. El Gobierno, a instancia de la Junta del Centenario, propuso que las manifestaciones de homenaje y los festejos proyectados, que estaba previsto se celebraran durante todo el mes de mayo, se concentraran en dos o tres días,

del 5 al 8 de ese mes, para dar más realce y pomposidad a la efeméride. En Madrid, donde se esperaba que los festejos programados tuvieran unas dimensiones notables y se congregaran multitudes, la comisión organizadora, entre cuyas voces se encontraba el Ministro de Instrucción Pública, cerró los últimos flecos del programa de actividades a comienzos de abril. Por su parte, una de las grandes corporaciones madrileñas, el Círculo de la Unión Mercantil, acudió a la llamada gubernamental para la celebración del Centenario, y de esta forma, los gremios que la componían acordaron recabar con fondos para los actos que el Círculo había convocado.^[3] También el colectivo estudiantil, agrupado en *La Unión Escolar*, se movilizó para rendir homenaje a la obra cervantina. A tales efectos, se convocó una reunión en la *Universidad Central* de Madrid, a la que invitaron a representantes de todas las facultades. El acto estrella que proyectaron los estudiantes fue la celebración de una *batalla de flores*, además de una velada de carácter cultural y la organización de diferentes certámenes artístico-literarios, en los que se concederían varias distinciones a los trabajos más sobresalientes.^[4]

2.- Solemnizar el Centenario. Exhortaciones oficiales, tributos académicos y manifestaciones populares. La España cervantina de 1905

Ayuntamientos, corporaciones de diverso tipo, desde asociaciones profesionales a artísticas, y diversas instituciones ultimaban los diferentes preparativos de los programas confeccionados para los festejos cervantinos proyectados para los primeros días de mayo. Hacía tiempo ya que desde el Gobierno se había instado a las instituciones tanto públicas como privadas a que desarrollaran algún tipo de acto de homenaje. Serían las Corporaciones locales las encargadas de canalizar las iniciativas ciudadanas y a su vez, invitar a los vecinos a sumarse al evento. Se trataba de hacer patente en pueblos y ciudades la admiración colectiva que despertaba *El Quijote*, y loar la figura de su insigne creador, así como atestiguar la cercanía presencia del universo cervantino en el imaginario común de todos los españoles. Decoración de diverso tipo, obras de embellecimiento e iluminación efectista en el espacio urbano serían las apuestas “externas” para conmemorar el Centenario. Estas medidas estarían en vigor durante todo el mes de mayo, pero especialmente entre los días 5 de 10 de ese mes. En virtud de la noción integradora que presidía la organización de los fastos, se recalcaron los llamamientos a los colectivos presentes en los municipios, a fin de que se sumaran mediante sus propias iniciativas a las manifestaciones laudatorias promovidas por los poderes públicos. Así, los organismos culturales redoblaron sus esfuerzos divulgativos e individualizaron parcelas de sus propias tareas en ensalzar la obra de *El Quijote*. Las academias enfocaron sus actividades de manera monográfica en Cervantes, como también todas las ramas del tejido societario presente en España, desde los círculos ilustrados, hasta los sindicatos obreros. Todos ellos respondieron en diverso tono y bajo presupuestos ideológicos muy dispares, al reclamo de las autoridades. En suma, pueblos y ciudades, ya

fuera de manera más ostentosa o meramente simbólica transformaron sus avatares cotidianos para imbuirse testimonialmente del Centenario cervantino, no sólo reclamando la paternidad cultural en el proceso de génesis de la joya literaria del Siglo de Oro, sino reconociendo la significación de su talla universal.

Estaba previsto que el 5 de mayo se iniciara en todos los lugares los fastos del Centenario cervantino. En Madrid, el programa de actos, que estuvo largo tiempo debatiéndose, destacaba por la multiplicidad y variedad de su oferta. Oficialmente, la celebración dio comienzo con la inauguración de la Exposición sobre *El Quijote*, que acontecía en la Biblioteca Nacional. También dentro del marco académico, tanto desde la universidad como de la Real Academia de la Lengua Española se organizaron actos especiales. En la Academia tendría lugar una sesión solemne de homenaje a Cervantes presidida por el monarca, cuyo acto central sería la lectura de un discurso alusivo que a tal efecto tenía preparado el escritor Juan Valera. Esta sería la antesala de una manifestación cívica que culminaría con una ofrenda floral ante la estatua de Cervantes. Para ello se había levantado una Tribuna Regia, junto al Palacio de las Cortes, destinado a albergar a la familia real durante la celebración del desfile. Las calles adyacentes y los jardines en los que se erigía la estatua de Cervantes estaban engalanados para la ocasión con elementos alusivos a la multiplicidad de las provincias españolas. A las cuatro y media de la tarde del 8 de mayo daba comienzo la denominada “procesión cívica” por el centro de la capital, con la ofrenda floral del monarca ante la estatua del llamado Príncipe de los Ingenios, mientras que los Orfeones que habían venido expresamente a Madrid para participar en los festejos entonaban el himno “*Gloria a Cervantes*”. La marcha contaba con la participación de todo tipo de colectividades, desde los cuerpos militares, hasta las “milicias estudiantiles” en representación de varios centros escolares (Institutos del Cardenal Cisneros, San Isidro, Escuela de Veterinaria, los representantes de las diferentes facultades universitarias etc.), todos ellos portando sus estandartes y distintivos. Junto a las agrupaciones docentes o culturales, figuraba la comitiva del resto de agremiaciones, ya fueran recreativas, profesionales e incluso obreras, que se habían prestado para sumar sus fuerzas sociales al tributo cervantino (Sociedad de Socorros Mutuos, Centro Instructivo del Obrero, Asociación de Empleados y Obreros de Ferrocarriles, Fomento de las Artes, Asociación de Escritores y Artistas etc...), hasta alcanzar la cola de la misma, en la que se situaban los representantes de las distintas esferas o ámbitos competenciales de la escena política (Ayuntamiento, Diputación, Ministerios, etc.). En el pedestal de la estatua de Cervantes, situada en los jardines del Paseo del Prado, las diferentes comitivas fueron depositando las coronas de flores y los estandartes con los que desfilaron procesionalmente. Según las crónicas que hemos podido consultar, casi todas ellas resaltan el éxito de la participación ciudadana en los actos convocados, a pesar del escaso ascendiente colectivo, en el deseo de engalanar

las fachadas y hacer de la ciudad un escenario pintoresco.^[5] El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes reclamó la participación del vecindario madrileño, solicitando la colocación de colgaduras en los balcones o la especial iluminación de las fachadas. Sin embargo, sólo las casas aristocráticas, algunas instituciones privadas y los centros oficiales se hicieron eco de la petición (Casino de Madrid, la Gran Peña, Centro Instructivo de Obreros, Centro de Aparejadores etc.) sin que los vecinos a título particular se mostraran demasiado efusivos. En cualquier caso, las autoridades locales hicieron el esfuerzo por embellecer el llamado “Barrio de los Poetas” (Atocha-Prado- Calle del Príncipe-Plaza de Santa Ana-Calle de León), reflejo del Madrid cosmopolita y artístico durante los siglos XVI y XVII.

Además, la Real Academia de la Lengua encargó la celebración de un oficio religioso de honras fúnebres dedicado a Cervantes en la Iglesia de los Jerónimos, a la que concurrieron el Rey Alfonso XIII y distintas personalidades políticas, del estamento militar y el Clero. Todos ellos escucharon el sermón “necrológico” que se había encargado para la ocasión al obispo de San Luís de Potosí, cuya admiración por la figura de Cervantes le movió exclusivamente a venir a España desde su Diócesis mexicana. El sermón constituyó una muestra panegirista de entusiasmo por la personalidad del escritor del Siglo de Oro, destacando su talante desprendido e idealista, actitud que chocaba con el comportamiento de muchos próceres contemporáneos^[6]. Los actos más academicistas culminarían con la celebración de una función en el Teatro Real, donde se escenificarían pasajes de la célebre obra de Cervantes, dirigidas por las primeras figuras de la escena nacional, como Álvarez Quintero, amén de la ejecución de algunas piezas lírico-musicales.^[7] Con un tono mucho menos solemne y más festivo y popular tuvieron lugar otras manifestaciones de adhesión al espíritu cervantino. Sin duda, la más destacada fue la denominada *Batalla de Flores*, que culminaba con la celebración de un concurso de carrozas, que contemplaba diferentes modalidades, y para el que se había destinado cuantiosos premios y distinciones.^[8] Dada las enormes dificultades organizativas que entrañaba un evento tan masivo y complejo, semanas antes de su celebración, los técnicos del Ayuntamiento establecieron el “protocolo” que se emplearía en el desfile procesional de las carrozas, carruajes y automóviles, regulando el acceso al recinto y las condiciones para que el evento discurriera con normalidad.. A lo largo de todo el paseo de la Castellana se erigiría toda una hilera de tribunas y palcos destinados a albergar las representaciones o delegaciones que tenían confirmada su presencia, y que, en su conjunto, correspondían a la flor y nata de la sociedad española de la época. Autoridades, personalidades relevantes de la vida política y cultural, cuerpo diplomático y diversos colectivos, presenciarían como testigos de excepción el acto central de los fastos cervantinos en Madrid^[9]. La *Batalla de Flores* consistía en una suerte de emulación bélica utilizando flores y ramos como hipotética munición, lanzados por los asistentes desde sus respectivas

tribunas. A continuación vendría el desfile de carrozas, cuyo escaso número defraudó las expectativas que se habían depositado. Presentaron carrozas la Sociedad de Autores, El Ayuntamiento de Madrid, el Círculo Mercantil, el Gremio de Tejidos, el Gremio de Vinuteros y la Diputación. Entre las carrozas, se distinguieron la galera traída desde La Mancha o la que presentó la Sociedad de Autores, denominada “Las Cortes de la Muerte”. En cualquier caso, la riqueza escenográfica era evidente, al presentar algunas alegorías alusivas a *El Quijote*, como una armadura o la réplica del *Yelmo de Mambrino*. También deslumbro a los asistentes la carroza que mandó diseñar el Ayuntamiento de Madrid, de similar tono alegórico, con la representación de un castillo y, bajo dosel, el busto de Cervantes. En cuanto a la distribución de los premios, el más sustancioso fue declarado desierto, mientras que el segundo se lo llevó la carroza del *Gremio de Tejidos*, que escenificaba el episodio de *Las Bodas de Camacho*.^[10]

El Gobierno, en su deseo de hacer del Centenario una manifestación de júbilo colectivo y patriótico en torno a una de las figuras españolas más universales, concibió el tratamiento de los festejos con una clara vocación integradora, y por ello, trató de implicar en su proyecto a todos los sectores sociales, y al conjunto de la ciudadanía, tanto a título individual, como cursando invitaciones a las distintas colectividades en las que ésta se agrupaba. Con tales objetivos solemnizadores, recabó el apoyo del Ejército para que con su presencia realzara la pomposidad de los actos, y hiciera también en su seno castrense algún tipo de manifestación tributaria. Tal petición no solo quedó satisfecha con la participación de, sino con la organización de una retreta militar, con desfile de unidades del Ejército, con acompañamiento musical, transitando por las principales arterias de la capital. A su vez, cuantiosos colectivos confirmaron su participación en la “procesión cívica”, desarrollando además de manera testimonial algún tipo de acto de homenaje a Cervantes entre sus asociados (Asociación de la Prensa, Centro de Instrucción Comercial, Gremio de Practicantes)

El programa de actos se cerraría con propuestas más alejadas del elitismo social y diseñado para las multitudes, como la celebración de capeas y otros espectáculos taurinos. Por su parte, también la Banda de Música amenizaría durante aquellos días las noches madrileñas en loor del *Manco de Lepanto*, conforme a un itinerario alterno trazado previamente. Pero, musicalmente, el plato fuerte fue la visita que a la capital española hizo la banda coral catalana fundada por Clavé y que se enmarcaba en el proyectado encuentro de Orfeones que con motivo del Centenario había propiciado el Ayuntamiento de Madrid. Éste había hecho una convocatoria a todas las agrupaciones corales de España, al objeto de que concurrieran al festival que se había organizado en la villa con motivo de los festejos. Los distintos Orfeones acudieron en masa a dicha llamada, auspiciándose una gran animación en Madrid durante aquellos días de mayo.^[11] En este sentido, el lunes 8 de mayo se celebró un festival de

coros, orfeones y bandas en la Plaza de Toros, y en el que se interpretaría el himno “*Gloria a Cervantes*”^[12].

Con ser los actos programados en Madrid los más significativos, durante aquellos días de mayo se sucedieron manifestaciones de análogo fervor social por la obra cervantina en casi todos los lugares de España. En todos los casos, las manifestaciones tributarias se centraban en la sabia distribución de actos con un claro contenido académico, reducido para la intelectualidad, junto a otros de claro tono popular, pensando en la proyección del Centenario entre las masas, sin contar con los actos religiosos, que, en forma de exequias, se prodigaban por toda la geografía española. Veladas literarias, lecturas públicas de pasajes de *El Quijote*, funciones teatrales, animaciones infantiles o espectáculos musicales insuflaban al ciudadano de la época el orgullo patriótico de constituir la esencia del universo cervantino. En Alcalá de Henares, supuesta cuna del eximio escritor, los actos preparados para la celebración del aniversario se postergaron del 9 al 11 de mayo, una vez hubieran finalizado los fastos acaecidos en Madrid. Los actos centrales discurrieron por los mismos cauces académico-populares (representación teatral, espectáculo hípico-aurino, banda de música y conciertos nocturnos, Festival popular con fuegos de artificio en la Plaza de Cervantes y “procesión cívica”, en la que se distinguirían los principales colectivos y agrupaciones presentes en la localidad). Una de las notas más originales sería la inauguración, coincidiendo con la magna efeméride, del Museo-Biblioteca Cervantino, instalado en las dependencias del Consistorio Municipal. Académicamente, el acto más solemne de los que se llevaron a cabo tuvo un innegable sello literario, al concentrar en las dependencias de la Universidad Complutense a los más insignes literatos para que disertaran sobre la significación de la obra cervantina (Benito Pérez Caldos, Mariano de Cavia, Ramón Menéndez Pidal, etc...).^[13]

Los actos conmemorativos se sucedieron por toda España, fueran testimoniales o rodeados de boato, y desde todas las perspectivas, desde la académica a la popular. Conferencias, desfiles cívicos, veladas teatrales y pasacalles por las calles engalanadas al efecto irrumpieron en la cotidianidad de la vida social española durante aquellos días de mayo de 1905. En Sevilla, los principales eventos fueron de tipo cultural y se desarrollaron en el Paraninfo de la Universidad, con discurso y aclamaciones al Decano de la Facultad de Letras, la Academia de las Buenas Letras, y función dramática en el Teatro de San Fernando. En Barcelona, Valencia o Castellón se llevaron a cabo manifestaciones cívicas, en las que participaron representantes de todos los colectivos sociales presentes en ambas ciudades, con independencia de su signo ideológico o dedicación profesional (Claustros de los centros docentes, Escuelas públicas y particulares, Academia de Bellas Artes, Cruz Roja etc.). En la primera, se descubrió una lápida conmemorativa en el Museo Arqueológico, mientras que en Valencia, una comitiva hizo lo propio en una

céntrica calle de la ciudad, antes de proceder a la inauguración de una estatua en honor de Cervantes.^[14] En Cartagena, la velada literaria convocada para celebrar el Centenario estaba presidida por un retrato del eximio escritor del Siglo de Oro, y en Bilbao se inauguró un edificio escolar que llevaría su nombre^[15]

2.1.- Los actos de homenaje en el terreno cultural

El capítulo de la cultura fue, quizás, el que más acusó el impacto mediático que supuso el Centenario cervantino, pues las mayor parte de actuaciones homenajeadoras provenían de sus más insignes figuras, relacionadas con las distintas ramas del conocimiento y la creación. El protagonismo a la hora de reivindicar la inmortalidad de *El Quijote* y rendir tributo al fuerte influjo que la obra tuvo entre generaciones de escritores, literatos y artistas, se manifestó desde diversos frentes (conferencias, exposiciones, etc...), y tuvo además una repercusión nacional e internacional. Los círculos intelectuales de las ciudades, y también algunos de los pueblos, organizaron actos especiales para honrar la memoria del eximio escritor del Siglo de Oro. En este sentido, el papel estelar lo ocuparon los Ateneos, que organizarían certámenes y veladas dedicadas a *El Quijote*, patentes en los temas y las modalidades de concurso elegidas para tales ocasiones. Los trabajos más sobresalientes que giraban en torno a la obra serían publicados, incrementando de esta forma un acervo editorial en clara progresión durante aquel año gracias al Centenario cervantino. En Madrid, las honras laudatorias desde el ámbito de la cultura encontraron un amplio elenco de manifestaciones. Una de las más significativas fue la convocatoria de un ciclo de “conferencias cervantinas”, llevado a cabo por la Sección de Literatura del Ateneo, y al que concurrieron las principales figuras de las letras y el pensamiento de la España de entonces^[16]. Para *El Liberal* las conferencias del Ateneo constituían la máxima expresión de glorificación de una obra *divinizada* por los intelectuales españoles, fervientes devotos dispuestos a realizar un “novenario” con un sentido casi “litúrgico”, en el que los más grandes comentaristas repasarían los pormenores y los influjos en la vida presente de la obra..^[17]

Las disertaciones fueron muy variopintas, al igual que su tratamiento temático, que tomando como referencia la obra de Cervantes, indagaban en los avatares de la sociedad española, interrelacionando pasado y presente. Eruditos, filólogos, penalistas, críticos musicales y hasta políticos dejaron huella en el Ateneo de su admiración por la significación de *El Quijote*.^[18] Pero, entre todos los oradores, sin duda el más aclamado, tanto por la locuacidad de su verbo, como por el fondo literario y erudito de sus alocuciones, fue el ideólogo de las “conferencias cervantinas” Francisco Navarro Ledesma, a quien cupo el honor de cerrarlas, tras la intervención dubitativa y timorata del político José Canalejas, y otros oradores menores.^[19] La otra gran cita cultural que con motivo del Centenario

aconteció en la villa y corte fue la vasta exposición cervantina de la Biblioteca Nacional, para la cual se reservaron dos amplios salones del edificio. Los preparativos para su confección fueron realmente laboriosos, al requerir piezas de coleccionismo de gran valor documental y diversos cuadros inspirados en las andanzas del Caballero de la Triste Figura. La exposición, destinada a ser uno de los grandes atractivos del Centenario, se articulaba en el repaso por el tratamiento icnográfico de *El Quijote* a través de las pinturas seleccionadas (entre las que destacaban los dibujos de Jiménez Aranda), además de presentar una cuidada selección de la colección de tapices palaciegos propiedad del monarca Alfonso XIII y que habían sido cuidadosamente trasladados a las dependencias de la Biblioteca Nacional. La otra vertiente de la exposición, la filológica, no desmerecía, en cuanto a calidad y trabajos seleccionados, de la parte que ocupaba la exposición pictórica. En efecto, con el título de *Biblioteca de Don Quijote* se designaba un selecto elenco de ediciones antiguas y traducciones a diversos idiomas, expuestos en vitrinas, dado su incalculable valor. El tratamiento de la exposición trataría de conciliar el innegable interés académico por la muestra con su vocación de servicio público, para que al menos, en días restringidos, permaneciera abierta al conjunto de los ciudadanos^[20].

No menos interesante fue la velada literaria que la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País convocó para la conmemoración del Tercer Centenario de la publicación de *El Quijote* y en la que, instados por el presidente de la institución, Cárdenas, participó un abanico considerable de escritores, quienes ofrecerían su particular visión de la obra.^[21] La Academia de Jurisprudencia convocó un concurso de trabajos, de tema libre y sin que los participantes tuvieran que ser académicos, cuya única condición es que versaran sobre las relaciones del Derecho con el mundo de la Literatura y el Arte.^[22] A su vez, la Academia de Bellas Artes quiso solemnizar el Centenario mediante un festival lírico-poético, en el que se interpretarían varias piezas musicales, algunas de ellas compuestas *ex profeso*, y algunos sonetos también creados como homenaje a la efeméride cervantina.^[23] Al laudo asistieron una nutrida representación de la vida política y cultural, así como personalidades de la Sociedad, como el Nuncio del Vaticano en España. Junto a las manifestaciones literarias y musicales, de nuevo un largo discurso de alabanza cervantina presidió el evento, en esta ocasión pronunciado por uno de los inspiradores de la conmemoración, el académico Jacinto Octavio Picón, para quien el homenaje profesado por la Academia de Bellas Artes no desentonaba con la naturaleza literaria de la obra de Cervantes, cuya atmósfera fluye en cuantiosos temas pictóricos, sirviendo de inspiración a los artistas plásticos. Pero la lectura más personal de Octavio Picón fue la de conceder a Cervantes una extraña capacidad demiúrgica, al expresar en *El Quijote* un profundo sentido moralizador. Sin cuestionar de manera flagrante los cánones sociales de la sociedad de su tiempo, Cervantes entiende el carácter perfectible de la naturaleza humana, trazada en las numerosas vicisitudes y peripecias vitales

de sus personajes protagonistas. En suma, ensalza el idealismo de ambos personajes indisociables, cuyos afanes chocan y trascienden la realidad circundante, indiferente a veces, hostil en la mayor de las ocasiones, a las “búsquedas” de sus personajes.^[24] Además, la Academia de Bellas Artes estableció un concurso para elegir una lápida conmemorativa del Centenario, que sería colocada en el lugar donde estuvo la imprenta de Juan de la Cuesta, donde se imprimió la colosal obra cervantina. Finalmente, sería seleccionada entre una veintena de propuestas, la lápida diseñada por el artista Lorenzo Coullant y Valera. En el acto de descubrimiento de la lápida, que sería colocada en la fachada del Hospital del Carmen (también llamado de Los Incurables, situados en la calle de Atocha), intervino el prestigioso erudito y arqueólogo José Ramón Mélida, quien ya había tributado un comentario elogioso de *El Quijote* en el Prólogo a una conocida serie de dibujos, que con motivo del Centenario, precedieron a una de las innumerables reediciones de la obra. El conjunto estatuario de la lápida presentaba en relieve los personajes de *Don Quijote*, a lomos de Rocinante, tirado por *Sancho Panza* en una composición grácil y diáfana^[25]. En el plano cultural, también otras corporaciones y organismos se sumaron a los llamamientos para secundar y realzar el Centenario. La Real Sociedad Geográfica conmemoró el aniversario cervantino mediante una conferencia impartida por su titular, Antonio Blázquez, quien ilustraría a los asistentes sobre el estudio geográfico de la Mancha, deteniéndose en los supuestos parajes por donde circularía *Don Quijote*. La Academia de la Historia, aprovechó los fastos del Centenario para hacer pública su Memoria Anual de actividades desarrolladas y de paso celebrar mediante un solemne acto la entrega de sus distinciones. El presidente de la institución, Fernández Betancourt leyó el discurso “El Tercer Centenario de *El Quijote*”, en el que enalteció, ante la concurrencia de eruditos que copaban la sede de la Academia, a los investigadores que desarrollaron sus trabajos inspirados en las obras cervantinas. Por su parte, en la Sociedad Fomento de las Artes se organizó una lectura pública de la obra a cargo de los alumnos del Centro.^[26] La Sociedad Unión Iberoamericana convocó un certamen literario para conmemorar el Centenario. En el acto de lectura y entrega de distinciones, que se celebró en el Paraninfo de la Universidad Central y estuvo presidido por el Ministro de Estado, participaron algunas delegaciones de países sudamericanos, evidenciando de esta forma el tono transfronterizo del Centenario.^[27] Finalmente, a la conmemoración del III Centenario tampoco podía faltar una de las instituciones académicas más prestigiosas de España, vivero fecundo de arribistas y analistas sociales, como la Real Academia de Ciencias Políticas y Morales. En efecto, para honrar a Cervantes ésta convocó un concurso de trabajos que versaran sobre algún aspecto cervantino. Concurrieron estudios de muy diversa factura, desde análisis legislativos de la época hasta una interpretación del estado social que reflejaba *El Quijote*. Entre los escritos figuraba el titulado “*Extremadura en el Centenario de El Quijote*”.^[28]

2.2.- La Educación y la conmemoración del III Centenario de “El Quijote”

Uno de los grandes activos en la preparación del homenaje público tributado a Cervantes fue el Ministro de Instrucción Pública, miembro de la Comisión Organizadora del Centenario. Su presencia no resultaba baladí ni gratuita, sino que correspondía a la misión encomendada por el Gobierno en el sentido de instrumentar la efeméride cervantina para desarrollar una ambiciosa campaña en pro de la difusión cultural en general, y del fomento de la lectura, en particular. A tenor de las elevadas tasas de analfabetismo que pesaba como una losa en la imagen pública del país, desde las altas esferas educativas se entendió la idoneidad del Centenario como un trampolín necesario para, al margen de servir de plataforma para el conocimiento de la obra y creador, dotar a la ciudadanía de elementos culturales aptos para su desenvolvimiento vital. La incultura generalizada constituía uno de los más indignos baldones colectivos que abatían el espíritu nacional, y para restañar estas perennes heridas era preciso elevar con urgencia el nivel cultural de los españoles. La celebración del Centenario constituía una buena piedra de toque para redoblar los esfuerzos, e intensificar las actividades formativas y educacionales del Estado. De esta manera, desde el Ministerio de Instrucción Pública se conminó a todos los profesionales de la enseñanza, ya se trataran de profesores de colegios, institutos y centros universitarios para que, teniendo en cuenta la insigne significación que la obra de Cervantes representaba para las letras y la cultura hispana en general. Las autoridades educativas intensificaron su esfuerzo para se llevar a las aulas los aspectos esenciales de su producción, destacando de manera elocuente los recursos y las notas distintivas que convertían *El Quijote* en una pieza única de la literatura universal. Mediante la R.O. de 1 de marzo de 1905 el Gobierno, consultando a la Junta Oficial del Centenario y a través del responsable de la cartera de Educación estableció las bases que debían seguir los centros públicos docentes en cualquiera de sus niveles y grados en torno a la organización de los festejos laudatorios.^[29] También por iniciativa del Ministerio de Instrucción Pública se publicó un Real Decreto mediante el cual se conminaba a todos los ciudadanos que sintieran admiración por Cervantes a contribuir económicamente en la suscripción pública que había abierto dicha institución, con miras a erigir una estatua en honor del autor de *El Quijote*.^[30]

En Madrid, además de escuelas y colegios, el colectivo docente también quiso aportar su grano de arena en la celebración del Centenario. Así, se organizó una fiesta académica en la Escuela Normal de Maestras, que contaría con la presencia del Ministro de Instrucción Pública y del Rector de la Universidad Central. Este tipo de fiestas, en las que varios oradores ensalzaban la trascendencia de la obra cervantina, se prodigaron en aquellos días en todos los centros docentes, sobre todo, en los Institutos de Segunda Enseñanza. En estas fiestas, los alumnos gozaban de una activa participación, ya que dentro del programa de actos se les otorgaba el protagonismo recitando trabajos

propios alusivos a la efeméride cervantina o entonando cánticos expresamente compuestos para esta cita. Muchos de estos trabajos se enmarcaban en Certámenes Infantiles, que los Claustros de profesores convocaban, otorgando distintas menciones a los alumnos que apuntaran mayores aptitudes literarias y artísticas. En la Escuela Normal de Maestros se celebró una magna fiesta académica, que contó con la presencia del profesorado al completo y en la que no faltaron números musicales y recitales de trabajos realizados por los alumnos, además de los discursos en tonos académicos pronunciado por primeras figuras de las letras como Manuel Fernández y Fernández Navamuel. A veces los actos estaban limitados al personal docente. Así, el Claustro del Instituto del Cardenal Cisneros celebró la conmemoración del Centenario de *El Quijote* con una serie de intervenciones enfatizadas, entre las cuales, la más destacada fue la disertación del Profesor de Literatura Francisco Navarro Ledesma.^[31]

Los estudiantes universitarios, espolcados por el profesorado más dinámico, llevaron a cabo diversas reuniones preparatorias, al objeto de llegar a acuerdos sobre su contribución a la celebración del Centenario. La Sociedad Unión Escolar elaboró un programa de actos, que contemplaba diversas facetas artísticas y literarias, además de confirmar su activa participación en todos los actos públicos convocados por las autoridades gubernativas para honrar la obra del Príncipe de los Ingenios, como la *Batalla de Flores*.^[32]

También la Tuna Escolar Madrileña se sumó a los festejos cervantinos, integrando las diferentes comitivas que formaban la “procesión cívica”, y confeccionando sus propios pasacalles, portando corona de laurel y bandera de la agrupación musical^[33]

En la Universidad, el acto principal de homenaje a Cervantes se verificó el 8 de mayo en el Paraninfo de la Universidad Central, con presencia de los grandes signatarios de ámbito de la educación y la cultura, encabezados por el propio Ministro de Instrucción Pública, Dr. Cortuzo y el Rector de la propia Universidad Central, Conde y Luque, amén de los miembros del Claustro Extraordinario que se convocó a tal efecto. A pesar del tono majestuoso y solemne de las intervenciones de estas personalidades, el discurso estelar concebido para loar la grandeza de la obra cervantina corrió a cargo del Director de la Biblioteca Nacional e insigne lingüista Menéndez Pidal, quien glosó un estudio sobre la personalidad de Cervantes. Para el sabio académico, la luminosidad de la mente cervantina residió en la capacidad creadora para manejar diversos géneros con proverbial maestrías, ya se tratase de Entremeses, obras cortas de tonos moralizadores y ejemplarizantes, y recoger la tradición de la literatura de caballerías para con estos mimbres inaugurar un género nuevo, a través de la conjunción del fin moralizador con la sutil ironía que impregnan el tratamiento que Cervantes concede al sublime loco manchego. En suma, Menéndez Pidal ensalza la figura de Cervantes como un

creador con múltiples recursos, que solo la riqueza y el conocimiento de un profundo y ecléctico acervo cultural y hacer literario de perfil humanista le permite atesorar.

La Facultad de Medicina, ubicada en el Colegio de San Carlos, también albergó otro acto de homenaje cervantino, en esta ocasión dispensado por el profesorado de dicha facultad y en el que estuvo presente el Ministro de la Gobernación. Tras la recepción del Decano, Dr. Calleja, llegó el discurso más esperado, el pronunciado por el excelso investigador Santiago Ramón y Cajal, titulado “Psicología del Quijote y del Quijotismo”.^[34] En las postrimerías de los fastos cervantinos de mayo, uno de los últimos actos de homenaje, con el que en la práctica se cerraba el ciclo de eventos, fue el Concierto celebrado en el Conservatorio de Música de Madrid, en el marco de una velada artística organizada por el Claustro del Centro. La parte literaria del mismo fue obra del Director de la entidad, José María Fernández Valderrama, quien pronunció la conferencia “Carácter musical de la lengua de Cervantes en *Don Quijote*”. Pero lo más atractivo y el espectáculo que había abarrotado el auditorio fue la escenificación de diversas piezas musicadas, compuestas e interpretadas por los propios alumnos^[35].

2.3.- Las celebraciones del Centenario fuera de España

Los actos de homenaje a Cervantes en conmemoración del III Centenario de la aparición su más insigne aportación a las letras universales, *El Quijote*, trascendieron las fronteras hispanas, como corresponde a un personaje y una novela que se acomodó en el imaginario colectivo de la civilización moderna en todo el orbe. La tributación a Cervantes fue masiva y elocuente en diversos lugares del mundo, aunque lógicamente más reducida al ámbito del reconocimiento académico. El mundo de las Letras rendía homenaje a una obra universal, en la que se encerraba una interpretación de la naturaleza humana por encima de lenguas, costumbres y razas, que la erigían en un puesto de honor en el panteón de las obras imperecederas, junto a autores como Shakespeare, casualmente coetáneo de Cervantes. A solicitud de la Junta Organizadora del Centenario, el Ministro de Estado envió una circular a las altas esferas de los países sudamericanos y otras naciones, al objeto de comprometer al poder político respectivo para que se sumara a los eventos de tributación cervantina convocados, y enviaran delegaciones a Madrid, realizando los actos y coadyuvando a la universalidad del genio cervantino.^[36]

Entre las ciudades europeas que tuvieron algún tipo de homenaje cervantino despuntó París, donde se celebró una recepción, en la que concurrieron varias sociedades literarias y académicas francesas, con el *College France* como principal atractivo, y una delegación de la Embajada Española. Pero el acto académico de mayo solemnidad tuvo lugar en la Universidad de la Sorbona, con una fiesta en presencia de las principales figuras de la política y la

intelectualidad del país galo, a quien acompañó una el Embajador español y un miembro de la Sociedad de Escritores y Artistas de España.^[37]

3.- El Centenario en la encrucijada política. Las lecturas ideológicas de *El Quijote*

Al comienzo de este trabajo ya advertimos del enorme peso político que subyacía en la conmemoración III Centenario de la publicación de *El Quijote*, habida cuenta de los rasgos fisonómicos de una España que más que en cualquier otro momento de su Historia Contemporánea tenía conciencia de su decadencia material, pero sobre todo, anímica. Esta pesadumbre colectiva, fruto de la crisis moral de los pilares que sustentaban los patrones de comportamiento social hondamente arraigados, se dejó sentir en diversos frentes, en el tablero político, en las creaciones intelectuales, etc... El comienzo del siglo XX puso en evidencia esta compleja pluralidad de sensibilidades, que comprendían desde las posiciones de mayor regusto tradicionalista hasta las nuevas fuerzas ideológicas emergentes que buscaban abandonar la marginación y ganar terreno entre las masas. La España vacilante de inicios de la nueva centuria se encontraba ante una encrucijada política y social innegable. Políticamente se afianzaba el dominio de una segunda generación de políticos, de muy variado calado, tanto, como los proyectos divergentes que abanderaban. El turnismo político de la Restauración comenzaba dar señales de ineficiencia, y las fuerzas otrora cohesionadas ahora se fragmentaban en cuantiosas facciones “*de banderías*” en torno a los personalismos que dominaban el amplio elenco de formaciones en liza. Alejado de la esfera dinástica, el republicanismo presentaba una nueva textura en su pensamiento y en su praxis política, ahondándose las divisiones internas entre moderados y progresistas, que ahora se unían a la clásica falla sostenida entre centralistas y federalistas.

Por su parte, el movimiento obrero, de raíz tanto anarquista como socialista, comenzaba una expansión imparable y ganaba presencia en los círculos obreros, se organizaban los primeros sindicatos de resistencia y se prefiguraban los primeros conflictos serios entre capital y trabajo. El año en que se conmemoraba el Centenario de *El Quijote* el campo vivía una de sus crisis más acusadas, sobre todo en las áreas cerealísticas del sureste peninsular, zona donde el descontento popular sería capitalizado por las nuevas organizaciones clasistas en una espiral de descontento y desorden que corrió pareja con los vientos de la efeméride cervantina. Las luchas intestinas que desangraban la economía nacional tenían además la desventaja de limar la empatía interclasista, acentuar los celos sociales y cuestionar seriamente la codificación legal vigente, aquella que regulaba los avatares de la convivencia. En este panorama tensionado y confuso, el hecho de que una efeméride cultural como el Centenario cervantino sobrepasara el angosto círculo de la intelectualidad, para insertarse en la vida cotidiana del conjunto

de la ciudadanía no era baladí, sino que obedecía a un claro ardid político, un intento de apelar a un emblema e icono nacional de enorme prestigio en el imaginario colectivo español, para que sirviera de nexo de unión, de elemento aglutinante para restituir un espíritu de pertenencia a una cominidad nacional que había dado a la civilización, al progreso y a las artes, grandes glorias y personajes ilustres. Se pretendía con ello combatir el desasosiego que pesaba sobre la mentalidad española postimperial y restaurar la confianza perdida en su capacidad de superación. En este sentido, la naturaleza terapéutica del Centenario formulada por Mariano de Cavia no sólo fue bien recibida desde el poder político, sino sumamente aplaudida. Fundir a todas las clases sociales, con independencia de su renta y perfil ideológico, en un evento de cariz patriótico-cultural constituía una oportunidad única para reconducir la sombría situación que se abatía sobre la sociedad española. Así pues, la conmemoración del nacimiento de una de las obras que más hondamente han marcado el devenir de la creación intelectual universal a lo largo del tiempo, y que ha sido unánimemente aceptada y admirada como una de las cimas literarias hispanas en el concierto mundial, sería el contrapunto institucional a las incertidumbres presentes.

Esta idea fue enunciada en términos muy clarificadores por otro de los ideólogos del Centenario, el académico Jacinto Octavio Picón, resumía en el acto solemne que tuvo lugar en la Academia de Bellas Artes estos fines regeneradores atribuidos al evento cervantino:

“No conviene pues, como los medrosos pretenden, matar ahora a Don Quijote, ni sofocar su espíritu, sino antes al contrario, participar de él en lo que fue cuerdo, y aún algo, en lo que tuvo de loco, si el mucho amar a la justicia es una forma de locura. También nosotros debemos tener nuestra Dulcinea, y no es, por cierto, feliz y joven, sino vieja y desgraciada, como que hay en ella más de madre que de amante. Se llama España; gigantes la esclavizan, follones la insultan, malandrines la ofenden: son el atraso, el fanatismo, la holganza, la rutina. Trabajemos por ella con la dolorosa abnegación de contribuir a sabiendas a una prosperidad que no hemos de gozar. Así la desencantaremos, trocándola de pobre y sin ventura, en opulenta y dichosa, de miserable lugareña, en ideal princesa, y ese trabajo será el mejor tributo que rindamos a *Don Quijote de la Mancha*”. [\[38\]](#)

Esta atribución benefactora a los fastos del Centenario fue elogiada por el gabinete Maura, quien agudamente supo captar el trasfondo propagandístico que tal evento reportaba para el prestigio de su propia gestión. Comprometer a toda la sociedad española en su conjunto para, en torno a la figura del descoyuntado caballero manchego, arribar una sociedad nueva, en la que los crecientes prejuicios atávicos quedaran desmoronados ante el peso incuestionable de una historia brillante y una civilización puntera en sus realizaciones culturales, en sus aportaciones al saber humano universal. En

torno a esta idea se arbitró el aparato propagandístico diseñado *ex profeso* para loar la gloria cervantina. Pero pretender aglutinar a todas las fuerzas sociales, que atravesaban importantes disensiones en aquel momento, parecía una tarea quimérica de acometer, ni siquiera para un caballero andante indómito e incombustible surcador de caminos y buscador de aventuras como *Don Quijote*. Los elevados ideales chocarían inexorablemente con la crudeza de un panorama social multiforme y convulso, una realidad menos amable que la plasmada en los homenajes patrios a su figura literaria más señera. En efecto, dada la proyección política concedida al Centenario, también las diferencias mantenidas por las fuerzas políticas y sociales en liza, encontrarán su escenario de lucha en la conmemoración de la publicación de *El Quijote*.

Ciertamente, tanto la figura excelsa de Cervantes, como su creación más inmortal, lejos de ser cuestionadas, eran unánimemente reconocidas por todas las tradiciones intelectuales, y todos los credos políticos o sociales, ya que constituía un elemento definidor de una identidad, preservado por tanto de disputas o chanzas. Pero si el tributo al genio cervantino era uniforme no lo fueron tanto las interpretaciones que suscitó la organización de un magno centenario por parte del gobierno maurista. Los partidos antigubernamentales se sumaron por solidaridad, y como mero gesto patriótico a los actos programados con motivo del Centenario, pero en muchos casos, con reservas, reservas que partían de considerar estrictamente la trascendencia cultural o de orden antropológico que el evento suscitaba, pero que recelaban de la pompa, el boato y el uso mediático, que a su juicio, imprimía el gobierno en el evento. Los comentarios más asidos y combativos provinieron desde las filas republicanas. Los republicanos se sumaron gustosos a las manifestaciones jubileas que en el plano cultural ensalzaban la memoria de Cervantes y glorificaban las páginas de *Don Quijote*, pero se mostraban sumamente hostiles ante el excesivo protagonismo gubernamental en la organización de los actos, hasta el extremo de pensar que su sentido de la Celebración no era más que una pantalla efectista para desviar el centro de las preocupaciones más sangrantes del ciudadano medio, cual era la crisis social reinante, y el creciente desprestigio de la clase política. Con todo, estas fuerzas sociales, minoritarias dentro del espectro político de la Restauración, desplegaron su propia concepción cervantina, y desarrollaron sus particulares actos tributarios. Buena parte de las instituciones académicas estaban copadas por republicanos ilustrados, quienes, en su mayor parte, rehusaron de la dialéctica política y , fieles a sus funciones profesionales, centraron sus intervenciones en glosar la trascendencia intelectual de la obra del *Príncipe de los Ingenios* .

Agrupaciones de perfil republicano (Casinos, Círculos recreativos o sociedades obreras) también se sumaron al llamamiento para que destinaran sus actividades cotidianas al recuerdo de *El Quijote* en su tercer centenario de existencia. En Madrid, el Centro Instructivo del Obrero, de filiación republicana, convino en convocar su particular homenaje cervantino. El día 9

de mayo se organizó una velada literaria, en honor del inmortal autor de *Don Quijote*, que tendría un aire eminentemente infantil, ya que estaría orientada a los niños que cursaban estudios en las escuelas republicanas.^[39] Menos transigentes se mostraron los republicanos situados en la primera línea de la esfera política, quienes intentaron contraponer a los previsibles réditos políticos gubernamentales una aguda crítica destinada a minar su capacidad organizativa y de convocatoria. Estas críticas fueron enunciadas mucho antes de las celebraciones, desde el mismo momento en que se hicieron públicas las líneas directrices de los fastos cervantinos. El fondo de las mismas era el tono elitista que predominaba en la mayor parte de actos programados, restringidos a los bolsillos más desahogados, si bien es cierto, que los ingresos se destinarían a la suscripción popular abierta para la erección de un monumento estatuario dedicado a Cervantes. Para los republicanos, la idea de sacar beneficios económicos en los actos de homenaje a Cervantes chocaba con la idea universalizadora de una obra que debiera ser conocida y apreciada por el conjunto de los españoles. No se trataba pues de mostrar la admiración hacia *El Quijote* desde el costumbrismo propagandístico, cuya manifestación más palmaria eran la convocatoria de festejos taurinos, tanto de tipo solemne, como de tono popular (capeas, becerradas), sino de mostrar la trascendencia cultural de la obra, resultando la efeméride una buena piedra de toque para elevar el nivel de instrucción de las masas analfabetas e iniciarlas por la senda de la “regeneración cultural”. En resumen, la posición de la minoría republicana ante el Centenario organizado por el Gobierno Maura no puede resultar más ambivalente, pues al reconocimiento que dispensa al tratamiento academicista, opone la retracción al tono populista empleado en su tratamiento para las masas: “*Fuera de la solemnidad académica, que tendrá de bueno el discurso del gran Valera, y de la Exposición de obras de Cervantes o con él relacionadas, todo lo demás es sencillamente vergonzoso*”.^[40]

Con todo, la permisividad de algunas autoridades locales, y la aquiescencia de las fuerzas de orden público posibilitaron que los festejos taurinos se hicieran una realidad con carácter excepcional, pues éstos estaban sujetos a una estricta reglamentación. Entre los republicanos, este hecho todavía era visto con más acritud que la propia proyección religiosa del Centenario, manifestada en las exequias que, en honor del creador de *El Quijote* se multiplicaron por toda la geografía española. Frente a esta interpretación de los festejos, enmarcada en una visión tradicional-conservadora, por otra parte de gran raigambre en España, los círculos republicanos, de inspiración laica y perfil humanista, volvían a reclamar una dirección del Centenario amplia y popular, que revertera en la formación académica de las capas sociales menos holgadas y su capacitación para ejercer las funciones inherentes al concepto de ciudadanía.

También el movimiento obrero legalista, y enfrascado en la vía reformista, acudió al emplazamiento para la celebración del homenaje a Cervantes. Días antes del inicio de las celebraciones, los obreros de Madrid protagonizaron una importante demostración de fuerza societaria durante la celebración del 1 de mayo. La multitudinaria manifestación no era ficticia, obedecía a la plasmación de un sentimiento larvado largo tiempo, que encontró su mejor caldo de cultivo en la crisis económica, de dimensiones alarmantes en el campo, como consecuencia de las malas cosechas y la elevación incontenibles de los productos de primera necesidad para las economías obreras. En el campo andaluz la magnitud de la crisis hizo que el orden no pudiera mantenerse y estallaron numerosos conflictos, tanto rurales como urbanos, en los que se yuxtaponían patrones peticionarios de enorme tradición, como los célebres motines de subsistencia, los motivados por la aplicación de una fiscalidad onerosa sobre los “pecheros”, o el resultado de la confluencia de ambos, y los conflictos modernos entre capital y trabajo, auspiciados por el obrerismo organizado^[41]. El societarismo “de resistencia” fue ganando terreno sobre el apoliticismo de las organizaciones mutualistas, de inspiración paternalista o confesional. Comenzaba a diseñarse un nuevo tablero de relaciones sociales, y a prefigurarse las posiciones de unos y otros actores, llamados a protagonizar la vida pública en años venideros. La posición “obrero” frente al Centenario de *El Quijote* fue de total adhesión, quedando aparcadas aspiraciones, desavenencias y conflictos, que se vislumbraban en el horizonte. Tanto el Centro Obrero, como la Directiva de todas las organizaciones obreras federadas confirmaron su asistencia a la “procesión cívica” de homenaje cervantino, y emitieron una nota animando a los trabajadores madrileños para que concurrieran a los actos previstos. Como afirmaba *El País*; “Al tomar los acuerdos mencionados, la Directiva ha tenido en cuenta que se trata de festejar a una de las inteligencias más poderosas de nuestro país, y que *El Quijote* es la obra de un rebelde”.^[42]

4.- “El Quijote” como crisol de tradiciones intelectuales.

El Quijote es una de esas obras referenciales que figuran inscritas a fuego en el panteón de creaciones inmortales, a modo de “Biblia literaria” y con el extraño poder sinérgico de mover a la catarsis colectiva a todas las generaciones de escritores, con independencia de la tradición intelectual que profesen. Confesionales, positivistas, racionalistas, etc... van a quedar prendados de la maleficencia con la que Cervantes, a través de la perfecta armonía y complementariedad de sus personajes, descifra los interrogantes esenciales de la existencia humana. No se trata de una novela literal al uso, ni siquiera de la sagaz sátira de un género literario como el de caballerías, que ocupaba el tiempo adormecido de los hidalgos empobrecidos y añorantes de tiempos pretéritos. Casi todos los analistas de la obra cervantina coinciden en señalar el trasfondo crítico que se escondía en sus pasajes, y que partía de una visión humanista detenida en la realidad circundante y multiforme, donde se

pintan una amalgama de tipos sociales que definen la sociedad de la época, desde los más hacendados y opulentos miembros de la hidalguía, hasta los sectores marginales (gañanes, malandrines, galeotes, pastores, venteros, cuadrilleros etc..), sin contar los elementos habituales de las clases medias (licenciados, escribientes, curas). Cervantes retrataría magistralmente el *modus vivendi* de estas gentes del amplio páramo rural del Campo de Montiel, describiendo magistralmente sus preocupaciones cotidianas y recogiendo los saberes populares contraponiéndoles a la honda erudición quijotesca. En definitiva, todas las corrientes de pensamiento advierten que la cima cervantina tuvo el acierto de transmutar una aparente historia literaria, y por momentos, costumbrista, en un estudio analítico de la naturaleza humana, de innegable realidad y perdurabilidad, capaz además, de trascender el marco espacio-temporal, para ser unánimemente aclamada en todo el mundo. En este sentido, no dejaba de resultar paradójico, que aún constituyendo la novela el punto de partida ineludible del edificio literario posterior, y que su conocimiento se reprodujera generacionalmente, en España hubiera un desconocimiento tan supino sobre la obra. Esta sería una de las grandes cuestiones debatidas en el seno de la intelectualidad a raíz del Centenario, y cuyo planteamiento no era inocuo desde la perspectiva político-ideológica. Los liberales y republicanos coincidían en el reconocimiento que desde el exterior se hacía a la obra, en contraposición con el entusiasmo más bien timorato con que era valorado en España. Pero más aún, siguiendo esta línea argumental, se censuraba el “noventayochismo” como movimiento pesimista y de cierto regusto tradicionalista, en la contradicción de que muchos de sus partidarios eran precisamente los ideólogos del centenario cervantino. Frente a la mera sublimación del “terruño”, lo que evidenciaban los actos de homenaje que se prodigaban en lugares diametralmente opuestos del orbe planetario era la victoria de la universalidad de las glorias cervantinas, y por ende, hispánicas, razón de más para levantar la cabeza, y emprender un camino pródigo para la conquista de un futuro incierto, pero sin fisuras. Éste sería el único punto donde se observaría un cierto consenso entre las diversas corrientes ideológicas que se aprestaron a glorificar la obra de Cervantes, pues rápidamente y a la sombra del Centenario, cada círculo de opinión comenzó a difundir sus particulares visiones del legado cervantino y la significación de sus obra más insigne, la que recreaba el Caballero de la Triste Figura. Desde la prensa, la tribuna más cualificada como plataforma de expresión de todas las tendencias intelectuales y políticas, cada facción emprendió su *cruzada* propia de cara a validar su imagen de *El Quijote* en el conjunto de la opinión pública.

Los sectores católicos-traditionalistas se sorprendían del tono liberal y *cuasi* revolucionario con que los *progresistas* pintaban la figura de Cervantes, quien a su juicio, representaba la más excelsa visión de “casticismo patriótico” jamás exhibido por un literato, así como un ferviente defensor de los ideales que entroncaban con la tradición católica en su función

unificadora. No puede verse de otra forma la intervención del *Manco de Lepanto* combatiendo contra los turcos otomanos y estando cautivo en Argel. Los círculos conservadores consagrarían esta imagen del escritor-soldado, alineado con la causa imperial de los Habsburgo y su espíritu contrarreformista, frente a las veleidades “extranjeras” de las filosofías materialistas, racionalistas, panteístas y “revolucionarias”.^[43] En suma, los presupuestos ideológicos de los que parte Cervantes y los que configuran el pensamiento que se desprende de *El Quijote* serían deudores de todo un sistema de valores imperante en la España del siglo XVII, donde la catolicidad sería el estandarte de un proceso de unidad política y espiritual sin parangón en la Historia de España, cuyo fruto redundaría en la expansión imperial y en la “gloria y grandeza” de la nación. Ese espíritu nacional-cervantino habría sido minado gracias a la importación de valores exógenos, extraños a la tradición espiritual española, inoculados por la continua apología de la intelectualidad de sesgo europeísta que comenzara a despuntar ya desde el siglo XVIII. En este sentido, lejos de que el Centenario se quedase en fuegos de artificio retóricos, el mayor tributo que se podría dispensar a Cervantes sería leer su obra más emblemática, empapada de los ideales en boga a comienzos del siglo XVII, y tratar de restituirlos a comienzos del recién estrenado siglo XX. Solo de esta forma se abandonarían los paradigmas e pensamiento que habían llevado a la nación a su honda crisis de identidad colectiva en la que se encontraba inmersa a la altura de 1905. Frente a las vacuidades del Centenario desde la óptica publicista y propagandística desplegada desde diversos frentes ideológicos, se insistía en la necesidad imperiosa de recuperar el espíritu subyacente en sus páginas, como medida terapéutica para combatir los males del momento.^[44] Frente a la versión oficial y la proveniente de la esfera eclesiástica se yergue otra manera de entender la trascendencia cervantina, y, cuyas directrices serían admiradas y rebatidas a un tiempo. Ya los exponentes del pensamiento liberal habían tildado el discurso póstumo del académico Valera pronunciado en la Real Academia de la Lengua de “reaccionario”, al colocar la cima creativa de Cervantes como vértice de los logros sociales de la España del siglo XVI y manifestación suma de sus coordenadas vitales, por encima de algún tibio comentario destinado a compensar un alineamiento evidente.

Liberales, pero sobre todo, republicanos, diseñaron una visión de Cervantes y *El Quijote* a la medida de sus intereses políticos y aspiraciones sociales, pero en un tono frecuentemente elevado, excesivamente abstracto e idealizado, obra de una intelectualidad numerosa y reputada, que tenía como horizonte las corrientes de pensamiento y las realizaciones que se estaban desarrollando en Europa, y que solían plasmar en sus intervenciones en los foros culturales en los que intervenían. Estos ateneístas diferían en cuanto al sentido de la celebración concedido al Centenario cervantino, pues lejos de constituir una alabanza al espíritu tradicional español, debía concebirse como el punto de partida de una refundación nacional sobre bases nuevas, un punto

de inflexión hacia la adopción de un modelo político-social alternativo al vigente hasta aquel momento que garantizase la cohesión nacional. Para ello debía desarticularse el entramado interpretativo sobre la obra de *El Quijote* que había construido el pensamiento tradicionalista español y que convertía la célebre novela cervantina en patrón y referencia intrínseca del espíritu nacional e icono de su “grandeza” como colectividad. Como contrapunto y de cara a reforzar sus tesis europeístas, liberales y republicanos incidieron en un discurso cervantinista en el que imperaba la universalidad de su obra, la capacidad analítica de los tipos humanos y la recreación pintoresca de los lugares y las gentes, sobre cualquier otro argumento de naturaleza localista, racial o antropológico. La universalidad de *El Quijote*, que entroncaba de lleno con otras piezas esenciales de la historia de la creación humana como *La Iliada* de Homero o las obras de Goethe y Shakespeare, residía en la creación de un arquetipo imperecedero, eterno y aplicable a cualquier realidad social. Estas notas le situaban en el panteón de las grandes celebridades mundiales y explicaba la fascinación que la caracterización del descoyuntado hidalgo y el orondo y panzudo escudero, evocaba en todas las culturas, y cuya traslación editorial quedaba patente en el sinfín de traducciones que por aquel entonces ya conocía la obra. Junto a la exaltación mundial de una obra en la que todas las naciones se veían reflejadas, otro de los aspectos esenciales en su tratamiento por parte de los sectores “progresistas” del republicanismo español fue la irónica denuncia, que a sus ojos, expresaba Cervantes sobre el mundo de los caballeros, exponentes en cierto sentido de los sectores de corte aristocráticos. Bajo la denominación de “Quijotismo” se extendió esta visión laica y anticonservadora adoptada durante los meses que rodearon el evento cervantino entre los sectores sociales republicanos y librepensadores. El término, que no tenía contenido doctrinal concreto, sistematizado o definido, aludía a una amalgama de opiniones, cuyo hilo conductor era la oposición a la visión oficial del Centenario, y en particular, la adoptada por buena parte del pensamiento confesional y tradicional. En definitiva, el “Quijotismo”, que tuvo su continuidad en el llamado “sanchopancismo” constituía toda una burla mordaz contra la excesiva “canonización” de la obra desde los medios oficiales. Se entendía que la trascendencia real de *El Quijote* pasaba por su significación literaria y su agudo análisis social, y no por ser portavoz de un supuesto corpus de valores típicamente españoles, ni necesariamente conservadores. En este sentido, las facciones más intransigentes del republicanismo no tardaron en reivindicar la figura de Alonso Quijano, el Bueno, el ciudadano, el ser humano, frente a la impostura caballerosa y excesivamente elevada de *El Quijote*, alejado de la realidad social y empeñada en restituir un universo caduco y arcaizante. Las palabras de Miguel de Unamuno reflejan con meridiana claridad este sentir; “*Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno*”. En el corazón de este pensamiento radicaba la diametral oposición entre la visión idealizada y plagada de “alucinaciones” de aquellos que admiraban tanto a *El Quijote* que buscaban emularlo, y los que se encontraban

tiranizados por una realidad hostil, doliente y cruda, desgarrada en sus múltiples contradicciones vitales. La lectura en clave política de estas ideas era evidente, ya que se acusaba a los “caballeros andantes de la política” de situarse en una especie de “locura apologética” y rendir un tributo a Cervantes *a lomos de Clavileño*, ante la mofa de un populacho reacio a las magnificencias academicistas y oficiales. Así pues, en la consideración del Centenario de 1905 no puede dejar de consignarse en las valoraciones que sobre la efeméride se formuló la opinión pública aquella funesta dualidad advertida por Ortega y Gasset de la España real, frente a la España Invertebrada u oficial. Entre los comentaristas y pensadores predilectos de Ortega se encontraba el filósofo alemán Heine, de la escuela kantiana. Para Heine Cervantes escribió la más grande de las sátiras literarias, destinadas a desacreditar la vigencia de los libros de caballerías, que estaban tan arraigados entre los sectores de la nobleza hasta entonces, que no pudieron frenar su expansión ni los apercibimientos eclesiásticos, ni las conminaciones del poder civil. La burla de la literatura de heroicidades caballerescas le lleva a retratar las condiciones de vida de las clases bajas rurales y a describir con atinados brochazos léxicos y sintácticos los avatares de la vida de los pueblos y las gentes que recorren en su camino hidalgo y escudero, reflejando un gusto por el realismo que se yuxtapone a las elevaciones iniciales y aparentes. En la sabia combinación de universos humanos, de quijotes y sanchos, en su complementariedad magistral, reside, a ojos de la tradición intelectual racionalista, la grandeza de la obra cervantina.

Pero Heine va más allá cuando afirma que el verdadero valor de Cervantes, al que atribuye la paternidad del concepto de “novela moderna”, es la democratización de la literatura, democratización con orden, sosiego y naturalidad, sin que su formación humanista turbe con desagrazios este afán expansionista e integrador de la naturaleza humana. Es aquí, en este juicio de Heine, donde se proyecta la crítica política liberal hacia el sentido tradicional concedido a *El Quijote*, que anticipa, según los partidarios del “quijotismo” los principios de libertad que solamente serían desarrollados a partir de las revoluciones burguesas del siglo XIX. Frente al Cervantes concebido como el adalid del proyecto político-religioso de la dinastía de los Austrias, y expresión más sobresaliente del “imperio de las letras hispanas”, los prohombres republicanismos superpusieron su idea de un Cervantes descontento con la realidad social de su entorno, que recurría a la burla magistral hacia los poderosos para desacreditar su esquema de valores. Paralelamente, también contraponiéndose a la imagen de un Cervantes de profundas convicciones religiosas, y frecuentemente relacionado con distintos estamentos eclesiales, como órdenes religiosas, desde los círculos librepensadores, fundamentalmente los de extracción republicano- laicistas, se esgrimió la tesis del anticlericalismo de Cervantes, convirtiendo palabras y acciones de *El Quijote* en su trasunto literario. En un momento donde, coincidiendo con las celebración del Centenario, la figura de su autor era

sometida a un profundo examen desde diversas perspectivas, ensalzando la naturaleza polifacética de su genio, se lanzó la teoría de que *El Quijote* podía ser un vehículo de expansión “luterana”, aderezado con múltiples analogías y elementos simbólicos, que ocultaban tal sospecha en la Iglesia. Para otros analistas, las alusiones de Cervantes hacia la Iglesia eran claras y en absoluto ocultadas veladamente, sino perceptibles en sus diálogos con Sancho, lo que mostraría claramente el carácter racionalista, impío y liberal de *El Quijote*.^[45]

Como puede observarse durante aquellos días se hizo patente el unánime reconocimiento a la figura literaria trazada por Miguel de Cervantes, pero también su instrumentalización y uso propagandístico por las diversas corrientes en liza para justificar sus particulares sistemas ideológicos. En este repaso, también tenemos la visión librepensadora en su vertiente libertaria, que también la hubo. Fue el republicano progresista Alfredo Calderón quien dibujó en la prensa de esta tendencia una imagen de *El Quijote* llevada al extremo, al advertir que los rasgos de su pensamiento y sus acciones caballerescas, excesivamente idealizadas, le situaban cercano al universo ideológico ácrata, pues entre las características más sobresaliente del personaje se encontraban su desprendimiento de anhelos materiales, la visión elevada de la justicia humana sobre cualquier sujeción al derecho positivo (que le lleva a tratar con cuadrilleros y liberar a los galeotes)y, en suma, su profunda humanidad, que profesa desde una situación de locura, es decir, de incompreensión por parte de unos semejantes comprometidos con los avatares de la vida cotidiana, cuerdos, pero también mezquinos. El recurso de la locura del personaje sería magistralmente esgrimido para ocultar ante la sociedad de su tiempo unas ideas que chocaban con las que estaban vigentes y consagradas en la sociedad del siglo XVII^[46].

5.- Regeneración versus irredentismo. La celebración del III Centenario de *El Quijote* en Extremadura.

La animación y el debate intelectual que se cernía sobre los círculos más ilustrados de la sociedad española, al calor de las prédicas laudatorias alumbradas por Mariano de Cavia, y secundadas por los representantes políticos, también tuvo su proyección en Extremadura. Ya desde 1903 se vinieron esbozando en la prensa regional algunas ideas relativas a la conveniencia que para una región con las particularidades y morfología de Extremadura tendría sumarse de forma magna y solemne a los actos proyectados en el resto del país. La idea que subyacía en estas formulaciones no era tanto la de hacer seguidismo de los llamamientos oficiales para celebrar con cierto boato la efeméride cervantina, como la de reivindicar el papel de las letras y la cultura extremeña en el concierto nacional. Este pensamiento no puede disociarse de la corriente de opinión en liza en aquel momento en casi toda la intelectualidad de la época, sistema de pensamiento poliforme, multidimensional y con adscripciones ideológicas diversas que conocemos

con la denominación de *Regeneracionismo*. También a regiones apartadas de los principales focos de producción intelectual llegó este ramillete de ideas, cuyo nexo de unión pasaba por la conciencia común de estar viviendo un periodo de decadencia y postración colectiva, de crisis de identidad vital, e inseguridades personales. En efecto, durante el primer quinquenio del siglo XX, cuando se habían superado ya las cimas traumáticas de la pérdida de los últimos reductos del otrora imponente imperio de Ultramar, y anidado en el sentimiento nacional el fantasma del declive y la derrota, surgieron múltiples voces analíticas, destinadas a sentar las bases de un “renacimiento” espiritual y cultural capaz de desbancar la reciente tradición intelectual pesimista y visceral. En Extremadura, estos intelectuales, de formación heterogénea, portadores de una pluralidad de ideas y pensamientos, tenían ya desde las postrimerías del siglo anterior su órgano de expresión, su plataforma de ideas, por donde canalizar sus múltiples puntos de vista sobre las más variadas realidades de la sociedad extremeña de su tiempo, la publicación más sobresaliente de Extremadura y una de sus más canónicas contribuciones al mundo intelectual generalista, la *Revista de Extremadura*. Desde esta privilegiada tribuna, pensadores, eruditos, científicos y literatos, encontraron cabida entre sus páginas para expresar sus particulares interpretaciones de una realidad con múltiples caras y matices. Figuras de primera talla como el teósofo logrosaniego Mario Roso de Luna, el jurista Daniel Berjano, Diego María Crehuet etc... plasmaron sus filosofías y observaciones, no sólo constatando sus trabajos personales, sino haciendo *deneoarribistas* de la realidad extremeña, interpretando sus carencias y proyectando sus soluciones a las necesidades más imperiosas. En este contexto intelectual se inscribe la conmemoración del III Centenario de *El Quijote*, acontecimiento interpretado por casi todos como un aldabonazo para la adormecida y resignada conciencia regional, habituada a pasar de puntillas por los grandes acontecimientos culturales.

A comienzos de 1904 varios periódicos regionales se hacían eco de un artículo firmado por el periodista pacense A. Mirabal, “*Extremadura!*”, y que aparecía bajo el pseudónimo de *Uno de Tantos*. El escrito, redactado en tonos eminentemente regeneracionistas, constituía un llamamiento público a los ciudadanos y colectividades presentes en la región, para que desterraran los prejuicios y sentimientos de inferioridad que maniataban el espíritu regional, y conformaban una imagen irredenta de Extremadura. El Centenario de la publicación de *El Quijote* constituía una cualificada piedra de toque para restañar viejos complejos y desbrozar un camino de progreso material y creatividad intelectual, en definitiva, de germinación de una confianza disipada por los reveses de la Historia. El autor establecía numerosas analogías entre la realidad extremeña y los pasajes, pensamientos y acciones de *El Quijote*, comentarios que trataban parangonar la calidad literaria y humana de la obra cervantina con los tesoros culturales alumbrados en el espacio extremeño, y que habían sido pasto del olvido o la infravaloración.

Mirabal espoleaba la opinión pública extremeña, alentaba a sus jóvenes creadores para que emulando al *Príncipe de los Ingenios* se erigieran portavoces de un “Siglo de Oro extremeño”, y glosaran las loas de los “caballeros andantes”, de los hombres ilustres, de los grandes nombres de su excelsa historia, desterrando el “desierto cultural” que se abatía sobre ella. En este sentido, no conviene olvidar el objetivo que subyacía en esta apuesta regeneracionista regional, la “reconstrucción identitaria”, es decir, la afirmación de unos patrones de pensamiento y comportamiento colectivos que redundasen en la cohesión social y el progreso material de una región estigmatizada por su atraso, resignación y apatía. Frente a estas lacras correspondía a la intelectualidad extremeña actuar como vanguardia y guía de este proceso de “renacimiento”, marcando el camino y los ritmos de evolución para convertir la región en un frondoso vergel de creatividad cultural y bienestar social entre el conjunto nacional. En este proceso de reforzamiento de sus bases etno-históricas resultaba providencial centralizar aquellos aspectos culturales aptos para elaborar esta imagen de progreso. A tal fin, se lanzó la idea de crear una Biblioteca Regional de Extremadura, en la que se recogieran todos los trabajos que versaran sobre ella, y propiciar los instrumentos intelectuales necesarios para incentivar la producción de sus hombres de letras más distinguidos. Sería un magno hecho cultural como la conmemoración del III Centenario de *El Quijote* la plataforma para albergar este vivero fecundo de creatividad regional, el evento que capitalizase este anhelo de emergencia cultural de lo local, dentro de un marco más amplio de celebraciones para solemnizar el genio cervantino en Extremadura. La proyectada Biblioteca seguiría los criterios de ordenación racional, según el criterio de uno de los bibliófilos extremeños más ilustres, Vicente Barrantes. Mirabal se mostraba confiado de las bondades que para Extremadura reportaría la confección de una Biblioteca Regional, como punto de partida e incentivo de las nuevas propuestas emancipadoras;

“Si Extremadura responde a la idea, y, a la par de Extremadura, todas las demás regiones españolas contribuyesen a solemnizar el Centenario con bibliotecas de esta índole, no tendría precio el servicio que prestasen a la historia nacional, y sería cosa de pedir a nuestro joven monarca que estableciese un premio regio, para la que rayase a más altura, ora concediéndole un nuevo título de las más inteligente e ilustrada, ora un nuevo atributo para su escudo de armas”^[47]

Las exhortaciones de Mirabal fueron pronto objeto de comentario y crítica desde diversos frentes, básicamente desde los foros intelectuales, pero en todos los casos sus palabras fueron acogidas con entusiasmo y adhesión. Ya Rafael García Plata había esbozado desde la *Revista de Extremadura* la idoneidad de que Extremadura no estuviera alejada de los fastos cervantinos que comenzaban a prepararse para el año 1905. Desde la órbita intelectual comenzarían a discutirse las formas y pormenores en los que se traduciría el

tributo extremeño a Cervantes y a su obra más consagrada. Todos coincidían en la especial necesidad que tenía Extremadura de mostrar su potencial intelectual en los actos de homenaje del Centenario, interpretado como el bautismo que necesitaba su vocación de renovación cultural y renacimiento intelectual. En lo que se observaban fisuras era en la naturaleza de las manifestaciones laudatorias, y el sentido que se debía otorgar a las mismas. Además, estas visiones estuvieron lastradas por una cierta desconfianza interprovincial y la reafirmación de viejos localismos disgregadores. La amenaza de la duplicidad de iniciativas para rendir tributo al *Manco de Lepanto* en Cáceres y en Badajoz preocupaba sobremanera, y en consecuencia, no tardaron en aparecer llamamientos a la unidad tras el argumento del mayor realce y magnificencia de los homenajes. Las tensiones en torno a la paternidad de las celebraciones llegaron al clímax cuando ante la desorganización reinante capitalizó las iniciativas el *Ateneo Científico-Literario* de Badajoz, una de las instituciones culturales extremeñas de mayor tradición, renombre y capacidad organizativa. Como acto central de los festejos proyectados en la capital pacense, el ateneo centró todos sus esfuerzos, tanto económicos como organizativos, en la convocatoria de un Certamen Literario Regional, concebido como la muestra más palmaria de la expansión creativa regional y la necesidad de publicitar a sus autores más sobresalientes. En definitiva, la celebración del Certamen estaba destinada a incentivar y a unificar el movimiento intelectual generado en Extremadura, razón por la cual se cuidó de que tuviera renombre y aceptación social.

En el deseo de los organizadores, encabezados por la figura de su presidente Felipe Muriel, de que el Certamen Literario Regional constituyese la mayor atracción del Centenario en Extremadura en el plano cultural, y por lo tanto evitar en la medida de lo posible la organización de actos análogos que degradaran su cometido, se buscó la participación del conjunto de la intelectualidad regional, invitando a todas las voces y todos los lugares de Extremadura a que enviaran sus iniciativas. Se insertaron circulares en los periódicos, estimulando la producción intelectual destinada a rendir tributo al genio de Cervantes entre los principales círculos de sociabilidad intelectual (Corporaciones, Centros, Colectividades), conminando a sus instituciones más distinguidas a que contribuyeran en la medida de sus posibilidades a este proceso de catarsis cultural extremeña (Ateneo de Badajoz, Liceo de Mérida, Velada Literaria de Villafranca de los Barros). Para que la magnitud del Certamen estuviera a la altura de lo esperado se intensificaron las gestiones con miras a su financiación, en las que se distinguió por su sagacidad recabando fondos y su generosidad a la hora de realizar una sustancial donación el Marqués de Jerez de los Caballeros, delegado en Madrid del Ateneo Científico-Literario de Badajoz. Con idéntica finalidad flemática y propagandística se estableció una comisión encargada de evaluar estas propuestas, entre cuyos miembros se contaba con el aval del erudito cacereño Publio Hurtado, encargado de recabar apoyos en la Alta Extremadura. La idea

que presidía esta Comisión era que, aún convocado el Certamen Literario por el Ateneo de Badajoz, se evidenciaba el tono integrador del mismo, como síntesis de todas las manifestaciones de fervor cervantino que tuvieran lugar en Extremadura, en la idea de que un único y fastuoso homenaje literario repercutiría inexcusablemente en el devenir cultural extremeño, circunstancia que era advertida y compartida por el diario cacereño *El Norte de Extremadura*;

“Es preciso que los cacereños cooperen para que alcance el mejor éxito, ya que festejar con ello al mejor de nuestros ingenios, se ha de prestar un meritorio y valiosísimo servicio a nuestra región, apretando los vínculos de la tradición y del afecto entre las dos provincias hermanas, se realizará una obra de cultura, difundiendo cosas y hechos ignorados o poco conocidos, se estimulará la afición al estudio y a las lides intelectuales, llegarán a descubrirse quizás hombres de méritos tal vez extraordinarios que están oscurecidos por un exceso de modestia o por caprichos de la suerte, y en todo caso, quedará una muestra indeleble de que los extremeños han dejado de ser los “indios” de la nación”^[48].

Con todo, no se pudo separar la aparición del sentimiento localista, en esta ocasión en forma de *cacereñismo* militante, entre cuyos adalides se encontraba el antiguo director de *El Eco de la Montaña*, Diego B. Regidor. Éste, ignorante de los avances organizativos registrados en Badajoz, abanderó la celebración de un Certamen Literario en Cáceres, sumándose a la idea lanzada por otro prohombre regeneracionista extremeño, Diego María Crehuet, quien meses antes, ante la supuesta parálisis en las que se encontraban todos los proyectos de celebración, trató de reconducir las iniciativas por nuevos fueros y encabezar los esfuerzos organizativos. Crehuet se aprovechó del periodo de cierta languidez por el que atravesaba la organización del tributo cervantino en Extremadura para esgrimir unas tesis básicamente coincidentes, hasta el extremo de proponer para las gentes de Cáceres un acto de similar naturaleza al Certamen Literario proyectado en Badajoz, y que éste, a su vez, revistiera una naturaleza global. En cualquier caso, acabaría imponiéndose la fórmula primigenia, es decir, el Certamen Literario convocado por el Ateneo de Badajoz, como principal acto conmemorativo en el terreno cultural que tendría lugar en Extremadura. La concepción abierta del mismo posibilitó un amplio elenco de géneros artísticos sujetos a concurso, que excedían los propiamente literarios, amén de un tratamiento generoso de acuerdo con los temas representados, en los que se ponderaban aquellas ligazones entre la obra cervantina y la realidad extremeña.^[49] Fiel a la intención subyacente de sublimar las letras extremeñas con la convocatoria del concurso literario, el principal galardón, el que recogía las conexiones de la región con el universo cervantino, fue a parar al erudito y jurista Daniel Berjano, quien sondeando la amplia producción de Cervantes, desentrañó los ecos de la región entre sus páginas, rescatando las alusiones a

la realidad extremeña en sus múltiples facetas, incluida la antropológica; “*Los Extremeños tienen de todo, como en botica, y son como boticarios, que si llega a plata lo es, y si al cobre, cobre se queda*”.^[50]

Con ser la dimensión intelectual del Centenario la que revistió mayor trascendencia en Extremadura, debido a las reflexiones que suscitó sobre su pasado, y sobre todo, la decidida apuesta por emprender un firme camino de futuro, también desde el ámbito menos elevado y mundano se sucedieron los gestos de tributación cervantina, aunque el protagonismo de la ciudadanía, como en tantos lugares de España, distase de las previsiones oficiales sobre el nivel de convocatoria que tales festejos tendrían entre la opinión pública. Siguiendo la consigna oficial, las instituciones regionales se entregaron, con más disciplina que entusiasmo, a la tarea de solemnizar *El Quijote*. Los Gobernadores Civiles se encargaron de coordinar las Juntas locales del Centenario, que se constituyeron en las localidades más populosas de la geografía regional (Badajoz, Cáceres, Plasencia), integradas además de por “las fuerzas vivas”, por los intelectuales locales, amén de representantes de las corporaciones existentes. El objetivo de tales juntas, elaborar y aprobar el programa de actos que tendrían lugar en mayo. Exequias religiosas, manifestaciones de fervor cívico, y llamamientos a la ciudadanía para que engalanaran fachadas y balcones con colgaduras, tapices o cualquier recurso que embelleciera la ciudad, se repitieron con mayor o menor intensidad en muchas localidades extremeñas.

Con todo, la respuesta de los extremeños ante tales sugerencias fue bastante tibia, no en vano, en su mayor parte, atravesaban las estrecheces que marcaba la aguda crisis agraria de 1905 y sus preocupaciones inmediatas pasaban por detener la elevación de los productos de primera necesidad. En cualquier caso, los fastos del Centenario no desmerecieron el tono general de las celebraciones que acontecían en otros lugares de la península. En todos los casos, el programa de actos solía concluir con una función teatral, velada literaria, o con un espectáculo en el que se fusionaban diversas artes, todas ellas deudoras del genio creador de Cervantes. En Cáceres, las autoridades locales asistían a varias representaciones infantiles en el Teatro Principal.^[51]

En Badajoz, el principal acto de homenaje cervantino se llevó a cabo en el Teatro López de Ayala, y fue la entrega de premios y velada literaria organizada por el *Ateneo Científico-Literario*, en el que intervino el Catedrático de Segunda Enseñanza Antonio Fernández de Molina.^[52]

6.- Conclusiones

La conmemoración del III Centenario de la publicación de *El Quijote* tuvo en la España de 1905 dos planos de desarrollo: el eminentemente tributario desde la esfera intelectual, y el propagandístico, a cargo de los gestores políticos del

momento. En muchos casos, ambos caminos se cruzaron y convergieron en metas comunes, entre las cuales la idea de infundir confianza en una sociedad apesadumbrada por las proporciones de su crisis de identidad colectiva que se derivó de los reveses sufridos a fines del siglo XIX, fue la más imperiosa. Instrumentado hábilmente desde el poder político-institucional, el Centenario, que contó con el patrocinio de figuras ilustres y de primera fila de las letras españolas (Mariano de Cavia, Ramón Menéndez Pidal, Marcelino Menéndez Pelayo), pretendía amalgamar en un único espíritu patriótico las divisiones sociales y las diferencias ideológicas en pro de un destino común, en el que el recuerdo a glorias pasadas de proyección universal, entre las cuales despuntaba la obra cervantina, serviría de acendrado acicate para restaurar la confianza perdida y “regenerar” el rumbo del país. En Extremadura, donde el sentimiento de secular postración era muy acusado, la celebración del Centenario se convirtió en la piedra de toque para su “renacimiento cultural”, desde donde se canalizarían las contribuciones que la rescatarían del olvido y la situarían entre las prominentes del concierto nacional. Ideológicamente, el Centenario cervantino daría pie a una reflexión colectiva, en la que cada corriente ideológica en liza buscaría refrendar sus tesis acudiendo a “los frondosos jardines interpretativos de la naturaleza humana” que representaba *El Quijote*, denotando su fuerza e influjo entre tradiciones culturales de muy variado calibre, muestra de su inmortalidad y universalidad como cima de la creatividad humana, además de su papel pionero en el nacimiento de la “novela moderna”, notas por las cuales la magna obra del Siglo de Oro se encontraría luminosa dentro un reducido panteón intelectual reservado a figuras de la talla de Cervantes, Homero, Shakespeare, Goethe etc...

NOTAS:

[1] “Post tenebras espero lucem”, publicado en *El Imparcial* 2-12-1903

[2] Proyecto de Real Decreto para la Conmemoración del Tercer Centenario de “El Quijote”. Madrid 1 de Enero de 1904. Gaceta de Madrid 2-1-1904

[3] *El País* 18-4-1905.

[4] *El País* 19-4-1905.

[5] *El País* 9-5-1905.

[6] “El Centenario de El Quijote. Programa oficial” Véase *El País* 5-5-1905. La descripción del acto y las palabras del Obispo de San Luís de Potosí aparecen reflejadas en el número del mismo periódico correspondiente al 10-5-1905.

[7] Entre los episodios representados en el Teatro Real de Madrid destacaban “La velada de las armas”, arreglado por el escenógrafo Eugenio Sellós. Los hermanos Quintero se encargaron de preparar la adaptación del episodio “Los Galeotes”, mientras que Ramón Carrión haría lo propio con el último episodio representado, el de “El Caballero de los Espejos”. *El País* 18-4-1905.

[8] Las modalidades de concurso eran las siguientes: 1) a las carrozas, 2) a las cabalgatas, y 3) a los carruajes engalanados. Los premios de cada una de las variantes eran muy jugosos, oscilando entre las 5.000 pesetas para el caso de la carroza más destacada, a las 2.000 para el carruaje engalanado más estético. *Ibídem*.

[9] *El País* 4-5-1905.

[10] Los diferentes periódicos madrileños publicaron amplias reseñas sobre los pormenores del acto. Véase *El País* 8-5-1905.

[11] Las agrupaciones corales que llegaron a las estaciones de ferrocarril de Madrid para sumarse al tributo cervantino fueron, además de la catalana banda de Clavé, las gallegas Orfeón de la Sociedad Artística de Pontevedra, Unión Orensana, Unión artística de Santiago de Compostela, y las castellanas Orfeón de Valladolid y Orfeón Salabriense de Medina del Campo, que formarían parte del festival junto al Orfeón “Fraternidad Republicana”, Sociedad Coral “España”, Orquesta de San Bernardino y Orfeón Toledano. Coros y rondallas desfilaron por las principales calles de la capital en perfecto orden procesional. El efectismo de la procesión musical era completo, y se advertía en la aglomeración de muchos curiosos en las aceras, quienes se quedaban perplejos al ver sobre todo a los músicos catalanes, portando sus “barretinas”. También formaban parte del cortejo musical las Bandas de Música de Barcelona o Zaragoza. El destino final de la comitiva sería la plaza de la villa, en cuyo Ayuntamiento tendría lugar una recepción oficial de bienvenida.

[12] El festival se realizaría con arreglo al siguiente programa: 1) “Entrada de los Orfeones precedidos de los clarines de Caballería “2) “Marcha Nupcial, del maestro Villa, ejecutada por las bandas de los regimientos del Rey: Asturias, León, Covadonga, Ingenieros, Canarias, Madrid, Figueras, Arapiles, Las Navas y Llerena. 3) “Gloria a España”, por la Asociación de Coros de Clavé, Orfeón español y Banda municipal de Música de Barcelona 4) Federación de los Coros castellanos, 5) Banda municipal de Barcelona, 6) Orfeones Gallegos 7) “Los pesendors”, por el grupo de Clavé, 8) Orfeones castellanos 9) Orfeones gallegos 10) “El puñao de rosas”, pasodoble dirigido por el músico mayor del Regimiento León. Véase *El País* 8-5-1905.

[13] El programa de actos aparece reproducido en *El País* 5-5-1905, y la reseña sobre los mismos en *El País* 12-5-1905.

[14] Véase *El País* 9-5-1905.

[15] *El País* 10-5-1905.

[16] Por iniciativa del literato Navarro Ledesma, los personajes más sobresalientes venidos de los ámbitos literarios, jurídicos, filosóficos y políticos fueron llamados para disertar sobre diferentes facetas inspiradas en la obra de Cervantes. Entre aquellos que confirmaron su presencia destacaban los políticos Gumersindo de Azcarate (“Don Quijote educador de Sancho”) y José Canalejas (“Don Quijote y el Derecho”) o eruditos de la talla de Pérez de Ayala (“Don Quijote en el Extranjero”) y poetas como Rubén Darío (“Letanía de Nuestro Señor Don Quijote”). Véase *El País* 25-4-1905.

[17] *El Liberal* 27-4-1905.

[18] Entre los temas abordados en el ciclo de conferencias se encontraban “La criminalidad y la penalidad en El Quijote”, a cargo de Salillas, docto conocedor de la novela picaresca española y de los tratados de los antiguos penalistas, “Relación de la Cárcel de Sevilla”, del Licenciado Chaves o la conferencia del filólogo Cejador. Una de las conferencias más esperadas sería la pronunciada por el distinguido literato Antonio Palomero, quien leyó el trabajo “La imitación de Nuestro Señor Son Quijote”, y que cosechó una sonada ovación, tan sólo comparable a la que había recibido el ideólogo de las conferencias, el erudito Navarro Ledesma. Aparecen referencias sobre la acogida de las conferencias en *El País* 4-5-1905

[19] *El País* 15-5-1905.

[20] *El País* 27-4-1905.

[21] Los trabajos que se leyeron fueron los que a continuación enumeramos: “Cervantes y Alcalá de Henares”, por Manuel de Foronda y Aguilera, “Consideraciones brevísimas acerca de algunos rasgos de la personalidad literaria de Cervantes”, por Joaquín Olmedilla y Puig, “La primera edición del Quijote y los librerías de Madrid en 1605”, por Gabriel Sánchez y Alonso Gasco, “Consejos de Gobierno que Don Quijote dio a Sancho Panza”, por Manuel de Saralegui y Medina. Véase *El País* 6-5-1905.

[22] El acto de entrega de los premios a las Memorias presentadas se realizaría en el marco de una sesión de honor, con la mayor solemnidad posible, que se celebraría durante los días en los que se conmemoraba el III Centenario de la publicación de *El Quijote*. *El País* 25-4-1905.

[23] El repertorio elegido para el evento estaría lógicamente dedicado a glorificar la figura de Cervantes, y la de su personaje más ilustre, Don Quijote.

En primer lugar, se pondría en escena la Ópera *Don Quijote de la Mancha*, obra del autor italiano del siglo XVIII Giovanni Palsiello. A continuación se procedería a la lectura del discurso del académico Jacinto Octavio Picón, titulado “Cervantes y Don Quijote”, varias piezas de canto, el soneto firmado por el académico Ángel Avilés y Merino “España en el III Centenario de la publicación del Quijote”, y finalmente, el acto concluiría con el recuerdo a las seguidillas más en boga en la Corte española del siglo XVII, recitadas con acompañamiento musical.

[24] *El País* 10-5-1905.

[25] *Ibídem*.

[26] Aparecen varias referencias en *El País* 5-5-1905, 2-5-1905.

[27] Véase *El País* 15-5-1905.

[28] Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. “Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Concurso para conmemorar el III Centenario de la publicación de Don Quijote de la Mancha”. Publicado en *Gaceta de Madrid* nº 134. 14-5-1905.

[29] Se recomendaba la celebración del Centenario cervantino en todos los centros educativos con cargo al Estado (Universidades, Institutos, Escuelas Especiales, Escuelas Normales, Escuelas de Graduados etc.). Los Rectores de las universidades serían los encargados de coordinar con los diferentes claustros, mediante circulares publicadas en los Boletines Oficiales de las provincias de su distrito, las instrucciones para los actos de solemnidad académica. Véase *Gaceta de Madrid* nº 66 7-3-1905.

[30] De la dirección de las obras de construcción de la estatua se ocuparía una comisión presidida por el Ministro de Instrucción Pública y compuesta por académicos tanto de la Real Academia de la Lengua Española como de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, la cual, elegiría el emplazamiento de la obra. Las cantidades aportadas y la identidad de los donantes serían publicados en la *Gaceta de Madrid*. Véase *El País* 9-5-1905.

[31] *El País* 10-5-1905.

[32] El programa de actos aprobado por la Sociedad Unión Escolar era el siguiente: “1) *Velada científica dedicada a Cervantes y a El Quijote, en la cual hará uso de la palabra un Catedrático por cada facultad o escuela especial, 2) Reparto de premios, que consistirán en costear los materiales para el curso próximo a varios estudiantes de reconocido aprovechamiento y que carezcan de medios de fortuna, 3) Exposición de postales de carácter*

artístico, alusivas a la incomparable obra cuyo centenario se conmemora, 4) Velada artística en el local de la Sociedad, para la cual cuenta ésta con el valeroso concurso de distinguidos sectores” Véase El País 19-4-1905.

[33] *El País* 7-5-1905.

[34] *Ibídem.*

[35] “ En el Conservatorio. Homenaje a Cervantes”, en *El País* 19-5-1905.

[36] *El País* 25-4-1905.

[37] En el Anfiteatro de la Sorbona se celebró el acto de homenaje, organizado por la Ligue D´Acción Latine y en la que participó el Centro Español de París. El tono de los discursos fue de gran cortesía, y el elemento central de aquellos evidenciaba un deseo de estrechar las relaciones bilaterales entre ambos países. Se entendía que Cervantes no era tanto un genio español como latino, y que *El Quijote* era un personaje que sobrepasaba todos los moldes raciales, al ser portador de unos ideales que todo ser humano abraza en su interior. En este sentido se evocaba el espíritu caballeresco y justiciero del hidalgo manchego para establecer un puente entre todos los luchadores por la libertad y la conquista del progreso humano, conectando dicha meta con el pensamiento liberal francés. La reseña del acto parisino aparece detallada en *El País* 9-5-1905.

[38] *El País* 10-5-1905.

[39] El programa de la fiesta infantil sería el siguiente:

“ 1. Descripción de la casa que habitó Cervantes en Valladolid 2. Cuento del rebuzno, Don Quijote, 3. Cuentos de Altisidora a Don Quijote, 4. Dialogo entre don Quijote y Sancho, cuando éste fue a gobernar la Ínsula Barataria 5. “A Cervantes poesía” de D. Emilio Ferrari”. *El País* 8-5-1905.

[40] *El País* 18-4-1905.

[41] Las columnas de los periódicos estaban repletas de referencias a la magnitud de la crisis agraria, y sus funestos efectos sobre las economías obreras. A finales de abril los trabajadores famélicos de buena parte de España acudían a las plazas públicas, frente al edificio Consistorial en demanda de trabajo. Las tahonas y fábricas de harina eran asaltadas por jornaleros hambrientos. Ante la miseria reinante, los poderes públicos, impotentes, solicitaban el envío de arbitrios extraordinarios o la apertura de obras públicas para conjurar las crisis de trabajo. En Andalucía, al hambre, se sumaba una pertinaz sequía, que acentuaba los problemas, definitivamente planteados ante la escasa distribución de cereales y la acción especuladora de los “tenedores”.

En este clima de crispación los motines populares no tardaron en hacer su aparición. Referencias en *El País* 19-4-1905 y 28-4-1905.

[42] *El País* 8-5-1905.

[43] Estas dos visiones fueron sometidas a crítica en el discurso póstumo que redactó Juan Valera para ser leído en el acto central de homenaje profesado por la Real Academia de la Lengua. En el mismo, excesivamente ambivalente, desaprobaba algunos aspectos de la tradición católica, como la existencia de la Inquisición, que a su juicio había enturbiado el panorama cultural y suplantando la multiculturalidad por el fanatismo uniformizador, antesala de la expulsión de judíos y moriscos. Estas palabras recibieron contestación desde la prensa católica. Véase *El Siglo Futuro* 9-5-1905.

[44] “El fruto del Centenario”, en *El Siglo Futuro* 10-5-1905. Este Diario Católico ahondaría en esta visión censora del Centenario mediante la publicación durante aquellos días que rodearon los festejos cervantinos de una serie de sátiras, comentando los avatares político-sociales del momento y contraponiéndolas a los hechos relatados en *El Quijote*. Estos comentarios irónicos llevarían por título “*Don Quijote en Madrid. Relación auténtica de Sansón Carrasco*”, publicado en *El Siglo Futuro* 11-5-1905 y 12-5-1905.

[45] “Lo anticlerical del Quijote”, en *El País* 7-5-1905.

[46] “Don Quijote anarquista”, en *La Región Extremeña* 18-5-1905.

[47] “Extremadura”, en *El Norte de Extremadura* 23-2-1904.

[48] *El Norte de Extremadura* 6-4-1904.

[49] 1) Poesía lírica dedicada con libertad de asunto y métrica a Miguel de Cervantes Saavedra, 2) Cuento en prosa de asunto extremeño, 3) Estudio sobre *Extremadura en la obra de Cervantes*, 4) Boceto al óleo en el que figuraran los personajes de Don Quijote y Sancho Panza, 5) Memoria sobre la organización más conveniente y practicable para la explotación del suelo en Extremadura, que aumentando su producción, permita mejorar la situación de los obreros agrícolas, disminuyendo gradualmente el número de los proletarios, 6) Proyecto de saneamiento de Badajoz dentro de las actuales circunstancias económicas, 7) Una composición musical para piano, conmemorativa del Centenario, 8) Análisis gramatical y lógico de un párrafo de *El Quijote*, 9) Análisis preceptivo de los pensamientos y estudio histórico-literario de uno de los siguientes temas, sacado a la suerte:

- a) Los prólogos de las dos partes de *El Quijote*
- b) Escrutinio de la librería de *Don Quijote* (Cap. VI- 1 parte)
- c) Discurso de las armas y de las letras (Cap. XXVII- XXVIII)

- 10) Estudio histórico-literario de uno de los temas siguientes sacados a la suerte
- a) Preceptiva de la novela aplicada al Quijote (Estudio de la acción, plan, personajes, estilo y lenguaje de la obra)
 - b) Clasificación literaria de las *Novelas Ejemplares* de Cervantes y estudio especial de las picarescas
 - c) Estudio del Capítulo LXII de la parte II del Quijote y su aplicación a la vida práctica
- 11) Análisis razonado, gramatical y lógico de los dos párrafos primeros del capítulo IXVIII de la II parte del Quijote, 12) Los extremeños en Literatura, 13) Los extremeños en América. “Del Certamen público y de los premios extraordinarios que para conmemorar el Tercer Centenario de la publicación de la primera parte del Quijote celebrará Badajoz en Mayo de 1905”. *Nuevo Diario de Badajoz* 12-4-1905.

[50] Miguel de Cervantes Saavedra; *La Tía fingida*. Berlín. Librería de G. C. Nauck (Ed. Facsímil). 1818, p 20. Berjano Escobar, D; “Extremadura en la obra de Cervantes”. Estudio premiado en el Certamen celebrado por el Ateneo de Badajoz en conmemoración del Tercer Centenario de la publicación del “Quixote”. Cáceres. Tip. de Jiménez, 1905.

[51] La función estuvo integrada por la Compañía Cómico-Lírica y por la Sección Infantil del grupo teatral. *El Norte de Extremadura* 8-5-1905.

[52] Los preparativos de la velada literaria del Teatro López de Ayala, junto con la enumeración de las representaciones, actuaciones y dramatizaciones aparecen en *Nuevo Diario de Badajoz* 4-5-1905.